

Bianca®

Sólo por una noche

Miranda Lee

Sólo por una noche

Marina había tenido que volar desde Australia hasta Londres para donar su médula espinal a Rebecca, una niña de siete años con leucemia.

Pero al llegar a su destino, Marina descubrió que el tío de la niña, el conde de Winterbourne, con quien había mantenido una escueta y formal correspondencia, no era el venerable anciano que ella esperaba. Muy al contrario, se trataba de un impresionante caballero de treinta y tantos años, realmente atractivo.

Marina intentó ignorar los intensos sentimientos que James despertaba en ella, y concentrarse en su cometido de salvar la vida de la pequeña. Pero él no se lo puso fácil: la quería en su cama y estaba dispuesto a conseguirlo...

Capítulo 1

NO QUIERO que te vayas.

Marina miró a su prometido. Su expresión era taciturna y malhumorada.

- Por favor, no empieces con todo esto otra vez, Shane. Me tengo que ir. Estoy segura de que te das cuenta de que no tengo más remedio.

- No, no me doy cuenta de nada - respondió él bruscamente -. Solo faltan tres semanas para la boda y tú te marchas al otro extremo del mundo para hacer algo que no sabes si realmente servirá. No tienes garantías de que tu médula espinal vaya a salvarle la vida a esa pequeña. Seguramente, le estás haciendo abrigar falsas esperanzas.

- Primero, solo voy a estar fuera una semana como máximo - le dijo Marina -. Segundo, resulta que, según las pruebas que me han hecho, soy cien por cien compatible con ella, no solo en el grupo sanguíneo, sino también en el tejido medular. ¿Tú sabes lo extraño que es eso?

- No, pero seguro que tú sí. Eres la inteligente y yo el necio.

Marina frunció el ceño al oír semejante comentario. Aquella era una cara de Shane que no había visto antes. Claro que jamás antes lo había contrariado.

Después de la muerte de su madre, dos meses atrás, se había sentido muy contenta de aceptar una mano amiga. El cariño y el apoyo de Shane la habían ayudado a superar con éxito aquel difícil trance. Shane se había ocupado, además, de todos los preparativos del funeral.

Marina era una mujer generalmente fuerte y decidida, pero las circunstancias habían determinado que sus defensas se derrumbaran. Shane le había dado toda la amabilidad y el cariño que había necesitado, lo que los había llevado ineludiblemente a la cama. Después de todo, era un hombre muy atractivo, y la historia sexual de Marina dejaba bastante que desear. El placer que había alcanzado con él la había dejado atónita y la había llevado a pensar que estaba enamorada. Un mes después, Shane ya le estaba pidiendo que se casara con él y ella le decía que sí.

No obstante, aquella faceta de él le resultaba muy poco atractiva. Su gesto amable se había transformado en un ceño fruncido y malhumorado.

- No sabía que te doliera tanto que fuera profesora - dijo ella con

un tono frío -. Si piensas que te considero inferior a mí porque trabajas con las manos, te diré que estás completamente equivocado.

Shane había sido, durante años, la mano derecha de su madre en la escuela de equitación que ésta tenía a las afueras de Sydney. Y, aunque había dejado la escuela muy pronto, Shane no era en absoluto un necio.

Había empezado a trabajar en el rancho a los veinticinco años y, ya entonces, Shane había demostrado ser un experto en caballos. Además, desde el primer momento, la madre de Marina y él habían gozado de una extraordinaria relación, pues compartían una pasión: la equitación.

A Marina le gustaban también los caballos, y había aprendido a montar bien, pero no estaba, ni con mucho, tan obsesionada con ese deporte como su madre y su ayudante.

A Marina siempre le había gustado Shane, pero desde el primer momento el muchacho se había mostrado reticente y distante con ella. Hasta que la muerte de la madre de Marina cambió el estatus que había entre los dos.

Después de que sellaran su compromiso matrimonial, Marina le dijo a Shane que la escuela era exclusivamente responsabilidad suya y que podía hacer con ella lo que quisiera.

En aquellos momentos, ya se había empezado a preguntar si realmente amaba más la escuela y a los caballos que a ella. Quizás no la amara en absoluto.

- A veces pienso que nos hemos apresurado demasiado con lo de la boda...

Él rodeó la cama y se acercó a ella para tomarla en sus brazos antes de que ella pudiera decir nada más. Pero sus besos hambrientos y calientes la dejaron completamente fría. Al notar su gélida respuesta, él se apartó de ella y la miró con un gesto culpable.

- Estás enfadada conmigo, y tienes toda la razón. Estoy siendo realmente egoísta. Claro que te tienes que marchar, solo que te voy a echar mucho de menos - la soltó para tomar su barbilla entre las manos y besarla de nuevo.

Marina no podía evitar responder sexualmente a su tacto, lo que la desarmaba por completo. Empezaba a pensar que no la beneficiaba.

- Voy a echar mucho de menos esa boca maravillosa - murmuró Shane -. Eres tan hermosa: tus ojos, tu piel, tu pelo, tus pechos.

Comenzó a acariciarla a través de la camiseta, y ella se

sorprendió del modo en que respondía su cuerpo, totalmente fuera de comunicación con lo que le dictaba su cabeza.

- Siempre te he deseado, Marina - insistió él, con una voz ronca y profunda -. Desde el primer momento en que te vi sentí algo, pero tu madre me advirtió desde el principio que no se me ocurriera acercarme a su princesa.

Marina no se sorprendió al oír aquello. Su madre había sido una mujer llena de contradicciones. Había nacido en Gran Bretaña. Pertenecía a una rica y prestigiosa familia a la que había desafiado, escapándose con un colono australiano, criador de caballos. Su familia la había repudiado a partir de entonces y le había prohibido regresar.

La amargura que aquel desprecio le había causado provocó que jamás volviera a hablar de sus antepasados británicos y que le prohibiera a Marina entrar en contacto con ninguno de ellos.

Semejante pasado debería haber hecho que la educación de su hija hubiera estado exenta de todo esnobismo e hipocresía. Pero, aunque en parte así había sido, había habido un deseo tácito de convertir a su hija en una verdadera dama, con todo lujo de refinamientos. La había llevado a clases de piano, de retórica y teatro, además de las obligadas clases de equitación.

No había funcionado. Quizás, en apariencia, Marina parecía una sofisticada joven de veinticinco años y era capaz de comportarse adecuadamente en los ambientes más refinados, pero, realmente, era una australiana de corazón, irreverente con la autoridad y rebelde.

Aquella rebeldía la había llevado a desafiar a su madre y a haber intentado averiguar más sobre su familia un verano que había pasado en Inglaterra. Pero, al mirar la guía de teléfonos, había descubierto que había cientos de Binghams, su apellido materno. Sin dinero ni medios, no tuvo posibilidad alguna de descubrir nada sobre sus orígenes.

Sin embargo, aquel inminente viaje a las Islas Británicas y su nada despreciable herencia, le permitirían, tal vez, encontrar algo. Aunque, si lo pensaba bien, no tenía ningún motivo para hacerlo, pues ningún miembro de la familia de su madre se había molestado en encontrarlas a ellas. Lo mejor sería abandonar aquella idea.

- Nunca pensé que te dignarías a fijarte en mí - continuó Shane -. Pero lo hiciste, y ahora eres mía, princesa, ¿verdad? - Otro beso la alteró por completo, pero no era lo que quería en aquel momento. Lo que necesitaba era que la dejara tranquila.

- Vuelve tan pronto como puedas - le rogó -. No te quedes más

de lo necesario.

Marina no sabía qué decir, estaba muy confusa.

Hacía tan solo dos semanas había estado tan impaciente por casarse con Shane, que había estado contando los días. Pero aquellos sentimientos se habían disipado por completo y su cabeza estaba sumida en un caos.

No podía ser que Shane quisiera casarse con ella solo por los caballos. Seguro que la quería. La noche anterior habían compartido toda la pasión que siempre había en sus encuentros.

No obstante, su ansia de apartarse de él era más fuerte que la de estar a su lado.

De pronto, el viaje a Londres se había convertido en una ansiada escapada, un momento de soledad lejos de Shane, una oportunidad para poder pensar más claramente. Cuando regresara, todo se habría aclarado.

No sería demasiado tarde para romper el compromiso, si era eso lo que realmente quería. Después de todo, la boda iba a ser una ceremonia pequeña, nada excesivamente caro y organizado. Esa había sido la decisión de Shane, no la suya, pues había considerado que era un gasto inútil de dinero. Mejor emplear la cantidad que costaría una gran boda en la construcción de nuevos establos y en comprar más caballos.

Para Shane el dinero era muy importante, de eso no cabía duda.

Al recibir la llamada de Londres en que le anunciaron que su médula espinal servía para el transplante, la primera preocupación de Shane había sido el coste que conllevaría todo aquello.

No había dejado de darle vueltas hasta que Marina recibió una carta en la que se explicaba que ella no tendría que correr con ningún gasto.

A pesar de todo, él no estaba contento con su marcha.

Pero Marina no estaba dispuesta a ceder. Aquello era algo que hacía por sí misma y habría ido, aun cuando se hubiera tenido que costear el viaje. ¿Cómo no iba a hacerlo, cuando la vida de una niña estaba en juego?

Su nombre era Rebecca, y tenía siete años. Era una huérfana, pero con alguien dispuesto a protegerla: un conde, ni más ni menos, y rico, muy rico.

Le envió un billete de ida y vuelta en primera clase y una carta en la que le garantizaba que correría personalmente con todos los gastos. Su gratitud no tenía límites y le aseguraba que estaría en deuda con ella el resto de su vida.

Marina sonrió al recordar la carta, sorprendida por lo

extremadamente formal que era el lenguaje. El hombre era un aristócrata británico, pero, aparentemente, dulce y amable, a pesar de su sangre azul.

- ¡Estás sonriendo! - dijo Shane, malinterpretando el motivo de su mueca -. Eso quiere decir que me has perdonado.

Marina prefirió no decir nada. Se dio la vuelta y cerró la maleta.

- Tenemos que irnos al aeropuerto enseguida. Si es que todavía estás dispuesto a llevarme.

- ¿Por qué no iba a hacerlo? No seas tan susceptible, cariño - agarró la maleta de la cama y le paso un brazo por los hombros -. Ya sé por qué estás así. Son los nervios por el viaje y la estancia en el hospital. Tengo que decirte que realmente considero que eres muy valiente. Yo no sería capaz de hacer algo parecido por un extraño.

Marina frunció el ceño. No se consideraba a sí misma en modo alguno excesivamente valiente. Le habían garantizado que la operación no era dolorosa y que lo único que sentiría sería una ligera molestia en la cadera durante un par de días.

Aquel comentario no hizo sino confirmar una vez más que Shane era un hombre muy egoísta y ambicioso.

Marina no paró de darle vueltas a su anillo de compromiso durante todo el trayecto hasta el aeropuerto de Mascot. Al menos seis veces estuvo tentada de quitárselo y devolvérselo. Pero no lo hizo. Y, al final, cuando se embarcó en el avión, seguía siendo una mujer comprometida.

Capítulo 2

EL HOMBRE que llevaba el cartel en el que aparecía «Señorita Marina Spencer» no tenía aspecto de chófer.

En primer lugar, no llevaba uniforme, sino que iba impecablemente vestido con un traje formal. Tenía aspecto de ejecutivo. Era guapo, alto, con el pelo negro peinado para atrás y un aire natural de superioridad. Se lo podía imaginar sentado detrás de un gran escritorio, en una silla de cuero negro, o presidiendo una de esas largas mesas de reuniones.

Pero llevaba un cartel con su nombre y era a ella, indudablemente, a quien esperaba.

Según se fue acercando, Marina pudo apreciar, por su gesto, que él tampoco se había imaginado a las señorita Spencer como aquella mujer que se dirigía hacia él. Ella reconoció que no tenía el aspecto que era de esperar para ser una chica de Sydney.

Su pelo caoba y su piel muy blanca no respondía al típico cliché de una belleza de playa: rubia, exuberante y de piel bronceada. Al menos tenía las piernas largas. Algo era algo.

Marina detuvo el carrito con las maletas delante el chófer y sonrió educadamente.

- Soy Marina Spencer - le dijo.

Él la miró de arriba abajo, lo que a Marina le provocó una extraña sensación de inseguridad. A pesar del maquillaje dudaba que pudiera estar arrebatadora después de las veintidós horas de vuelo. Sus ojos verdes y grandes estaban apagados y tenía unas ojeras oscuras y poco favorecedoras. Su atuendo, consistente en unos vaqueros, una camisa blanca arrugada y una cazadora de cuero negro, no estaba tampoco en las mejores condiciones.

Después de aquella enervante mirada, el supuesto chófer apartó el cartel y le tendió la mano con extremada educación.

- ¿Cómo está usted, señorita Spencer? Espero que haya tenido un buen vuelo. Yo soy James Marsden - le tendió una mano y ella sintió sus dedos fríos -. Mi chófer ha tenido problemas con una rodilla esta mañana, tiene artritis, así que lo he acompañado. Nos está esperando afuera con el coche.

Marina lo miró atónita. ¿Aquel era James Marsden, el tío abuelo benefactor de Rebecca y conde de Winterborne?

Su primer impulso fue soltar una carcajada. Tal vez no tuviera aspecto de chófer, pero tampoco se aproximaba ni lo más remoto a la imagen de un conde. Se había imaginado a un venerable anciano

de cabello blanco con un gran bigote.

- Es usted muy amable - dijo ella cortésmente, tratando de reprimir la sonrisa que amenazaba con salir de sus labios.

- ¿Es esta su maleta? - preguntó él.

- Sí - respondió ella.

Se alegraba de haber llevado su mejor ropa y una maleta nueva a juego con el bolso de mano. Se imaginaba lo avergonzada que se habría sentido de haber sucumbido a la tentación de haber llevado aquella vieja bolsa de viaje con la que, tiempo atrás, había ido a Inglaterra.

- Viaja con muy poco equipaje, señorita Spencer.

Ella sonrió.

- Llámeme Marina, por favor.

El conde curvó los labios en una sonrisa tensa.

- Los australianos tienen mucha facilidad para tutearse.

- No nos gustan las ceremonias, supongo - dijo ella en tono jovial, a pesar del tono frío y algo sarcástico que había notado en su respuesta. Tal vez, se hubiera sentido ofendido.

El esbozo de sonrisa se desvaneció tan rápidamente como había aparecido. Aquel hombre era tan engolado y formal como las cartas que escribía, pero en persona adolecía de la amabilidad de la que hacía gala por escrito. Marina decidió no dejarse impresionar por su intimidante presencia. Aquel era un hombre como cualquier otro.

- ¿Y cómo quiere que lo llame? - le preguntó ella -. ¿Cómo hay que dirigirse a un conde?

El levantó las cejas un momento, como si su actitud irreverente fuera algo esperable pero inapropiado.

- Señor conde - respondió con frialdad -. En mi caso, conde de Winterborne.

Su pomposa respuesta despertó a la rebelde que ella llevaba dentro.

- Eso suena horroroso y muy engolado. ¿Cómo puede aguantar que lo llamen así? En Sydney lo llamarían James, o, incluso, Jim o Jack. Pero ya se sabe, «donde fueres, haz lo que vieres». No me gustaría hacer nada inapropiado mientras esté aquí.

Él volvió a mirarla de arriba abajo.

- Eso está bien - su mirada se detuvo en el anillo de compromiso.

Marina sintió la tentación de esconder la mano, como para negar lo que era una evidencia. No daba crédito a los pensamientos que se le pasaban por la cabeza al mismo tiempo. Se ruborizó. Estaba siendo víctima de su incontrolable inconsciente y solo podía rogar para que el señor conde no notara nada.

- Llámame James - dijo con galantería y sin dar muestras de haber reparado en su repentino rubor -. Y ahora vámonos. Estarás cansada. Te llevaré a mi apartamento en Mayfair y después iremos al hospital para que conozcas a Rebecca.

Marina se sintió culpable, pues por un momento se había olvidado del propósito de su viaje.

- ¿Cómo está la niña? - preguntó ansiosa. «Para eso es para lo que has venido», se reprendió a sí misma. «No para fantasear sobre el conde de Winterborne».

- Está impaciente por conocerte - respondió él -. Pero debo advertirte que está muy delgada y se ha quedado sin pelo por causa de la quimioterapia. Te pediría que disimules tu desconcierto cuando la veas. Aunque solo tiene siete años, le preocupa mucho su aspecto.

A Marina le dio un vuelco al corazón.

- ¡Pobre criatura!

El conde suspiró con una mezcla de resignación y tristeza. Marina comprendió perfectamente por lo que estaba pasando, pues así era como se había sentido ella durante la enfermedad de su madre. Aquello era lo que la había impulsado a apuntarse en la lista de donantes de médula.

- Sí, eso ha acabado por hundir a la pequeña por completo - respondió él y dejó la maleta en el suelo otra vez -. Su vida ya había sido lo suficientemente complicada como para, además, merecerse esto. Pero así es como han sido las cosas en el seno de la familia Winterborne desde hace algunos años.

Marina le posó una reconfortante mano sobre el brazo y él la miró. Luego, alzó la cabeza y fijó sus ojos en los de ella.

- Espero que mi venida cambie el destino - dijo ella y le apretó ligeramente el brazo.

Él la miró en un silencio que a ella le resultó eterno. Un montón de inesperadas emociones se agolparon dentro de ella. Intuía que aquel hombre tenía muchos problemas.

- Me gustaría pensar que puede ser así - dijo él -. Pero quizás no lo sea. Dicen que el destino nos envía desgracias para ponernos a prueba. Preveo que durante los próximos días yo voy a tener que superar algunas situaciones realmente duras.

Marina no sabía exactamente a qué se refería. ¿Es que los médicos habían perdido toda esperanza de que la pequeña pudiera recuperarse? ¿Acaso su viaje iba a ser en balde, tal y como, había pronosticado Shane?

Pero algo le decía a Marina que aquel hombre tenía en la cabeza

muchas más cosas además de Rebecca. Sin duda, el conde de Winterborne llevaba una gran carga sobre sus hombros. Espaldas que, por cierto, eran muy anchas, según pudo apreciar cuando lo vio agarrar de nuevo la maleta.

Marina frunció el ceño. Era la segunda vez en su corto encuentro que su mente se dirigía a los atributos corporales de aquel hombre. Ella nunca había sido del tipo de mujeres que se fijaban en esas cosas. Bueno, no lo había sido hasta que Shane había entrado en su vida.

Tampoco era que hubiera tenido ninguna relación fuera de su compromiso, pues, en las últimas semanas, después de pedir una excedencia en su trabajo, se había centrado, en su prometido y en las cosas que le hacía sentir.

Frunció el ceño, mientras trataba de entender lo que le ocurría con el conde de Winterborne.

¿Es que el tan reciente despertar de su sexualidad la había transformado en una devoradora de hombres?

La idea le resultaba francamente desconcertante. Siempre había detestado a las mujeres que solo hablaban del sexo opuesto y que se tomaban la libertad de mirar abiertamente determinadas zonas de la fisonomía masculina.

Marina bajó los ojos desde la espalda hasta el trasero del señor conde, intuyendo que tenía unos glúteos estupendamente esculpidos.

«Lo estás volviendo a hacer», le dijo una voz interior. «Y además, estás disfrutando».

Otra voz, también interior, la defendió. «¿Y qué hay de malo en mirar?» «Pues lo que hay de malo es que le gustaría hacer algo más que mirar», dijo la primera. «Le gustaría comprobar si un conde inglés lo hace igual de bien que un palafrenero australiano, le gustaría... »

- ¡Ya está bien, callaos! - murmuró ella.

- ¿Perdón? - el conde se detuvo y se volvió.

Marina casi se chocó con él, pero por suerte, se detuvo justo a tiempo.

- Nada - dijo, con un tono de falsa inocencia -. Estaba hablando sola.

- ¿Lo haces muy a menudo? - el conde dibujó una atractiva sonrisa. Marina decidió que, definitivamente, prefería que se quedara serio. No podía soportar aquel nuevo ingrediente añadido a su atractivo.

- Continuamente - dijo ella -. Soy hija única, y los hijos únicos

hablan continuamente solos. Yo solía hablar con una toalla de lavabo.

- ¿Con una toalla de lavabo? ¿Por qué no con una muñeca o con un osito de peluche?

Marina hizo un gesto gracioso.

- Es difícil explicarlo. La verdad es que la toalla no representaba a otra persona, sino que era otra parte de mí, algo así como mi lado secreto.

- Suena realmente fascinante. ¿Sigues hablando con toallas de baño?

- No. Lo dejé a los dieciocho años.

- ¿Qué ocurrió?

- Me tuve que marchar de casa para ir a la universidad y compartir casa. Desde el primer momento, pensé que a mis compañeras de piso les iba a resultar un poco difícil admitir mis peculiaridades. Así que, desde entonces, mantengo esas conversaciones conmigo misma.

Él la miró pensativo.

- ¿Le has contado lo de esas conversaciones a alguien?

- ¡No, claro que no! - dijo ella avergonzada ante la idea.

- ¿Ni siquiera a tu prometido?

Marina dudó unos segundos y no pudo responden.

- Eso que llevas es un anillo de compromiso, ¿no?

- Sí - dijo Marina, mientras un montón de dudas la asaltaban una vez más. ¿Cómo podía amar a Shane y sentir aquella atracción irresistible por un conde al que acababa de conocer?

«Eso te ocurre porque lo que sientes por el conde es solo atracción, no amor», dijo su parte práctica.

Aquel pensamiento la reconfortó. Era normal que aquel hombre le resultara atractivo, porque realmente lo era. Era el prototipo de toda fantasía femenina: guapo, rico y enigmático. No estaba siendo infiel a Shane, solo estaba siendo normal.

- No - respondió ella -. No le he hablado de ello a Shane. Él me considera una mujer muy racional y práctica. No daría crédito a sus oídos si le confesara estas cosas.

De nuevo la desconcertó con aquella deslumbrante sonrisa.

- ¿Entonces no eres práctica y racional?

- Trato de serio, pero no siempre lo consigo - respondió ella pensativa.

- ¿Cuándo es la boda?

- Dentro de tres semanas.

- ¡Tres semanas! ¡Has venido hasta aquí y faltan sólo tres

semanas para tu boda! - preguntó él realmente sorprendido.

- Habría venido aunque la boda hubiera sido mañana. Mi madre murió de cáncer y sé lo que es. No podría haber vivido con la conciencia tranquila si no lo hubiera hecho. No puedes imaginarte las ganas que tengo de conocer a Rebecca. Me gustaría que la operación se llevara a cabo cuanto antes para ganarle la batalla al tiempo. Si pudiera ser mañana, mejor que pasado.

Él se detuvo y la miró fijamente.

- Eres una mujer muy especial, Marina Spencer. Si pudiera ser mañana, te lo agradecería. Pero pensé que, quizás, estarías muy cansada.

- Ya descansaré después.

- De acuerdo. En cuanto salgas del hospital, podrás descansar. Te llevaré a la mansión de los Winterborne, donde podrás relajarte, durante unos cuantos días. Está en el campo y es un lugar precioso.

- Pero... - un montón de inesperadas fantasías la asaltaron de repente. Ella trató de decirse a sí misma que eran normales, pero no pudo justificarlas -. Lo siento, pero no puedo aceptar. Debería volver a casa de inmediato. Además, no me gustaría ser una carga para la condesa de Winterborne.

Un hombre como aquel debía tener una esposa. Eso evitaría que tuviera pensamientos como los que la estaban asaltando.

- No hay ninguna condesa de Winterborne - le informó él con total frialdad -. Lo que sí hay es una docena de habitaciones para invitados esperando a ser utilizadas y muchos sirvientes para complacerte. Tu prometido tiene que entender que, después de una operación, no puedes meterte en un avión.

- Supongo que así es. Pero no me gustaría ser una molestia.

- Insisto - dijo él bruscamente -. Y no voy a admitir un «no» por respuesta.

Marina tragó saliva al oír aquella rotunda afirmación y la más descabellada de las fantasías iluminó su mente. Era de noche y estaba tumbada en una de esas impresionantes camas con dosel. Unas cuantas velas iluminaban el espléndido dormitorio. Reposaba sobre un montón de almohadas blancas y su cabello ondulado se extendía sobre ellas como una cascada de oro rojo. Llevaba un camisón blanco y virginal de seda y encaje, y estaba leyendo un libro.

De pronto, él entraba, cubierto con una bata de seda, se aproximaba a ella y le despojaba de cuanto lo cubría, quedando completamente desnudo. Se metía en la cama y cerraba las cortinas, aislándolos del mundo. Le quitaba el libro de entre las manos y

comenzaba a acariciarla.

- No, no voy a admitir un «no» por respuesta - le susurraba.

Marina recuperó la cordura y descubrió al objeto de sus sueños mirándola fijamente.

- ¿Te ocurre algo? ¿Estás bien?

Marina estaba temblando.

- Me he mareado un poco, pero, sí, estoy bien - balbuceó ella.

- Me has preocupado. Por un momento, he pensado que iba a tener que llevarte en brazos.

- Marina pensó que, después de todo, no estaría tan mal fingir un desmayo.

- ¿Podrás llegar hasta el coche? No está lejos.

- Sí, claro que puedo - respondió ella. Tenía que controlarse, no podía dejarse llevar de aquel modo tan absurdo -. Siga por favor, señor conde. Yo iré detrás.

Él frunció el ceño y la miró extrañado.

- Pero, ¿no habíamos quedado en que me ibas a tutear?

- Si, pero, de pronto, no sé por qué, no me parece adecuado.

- Yo preferiría que me llamaras James.

- Lo siento, señor, pero ahora no puedo - aquella desafortunada atracción la obligaba a preferir establecer ciertas distancias. Llamarlo James lo hacía demasiado accesible.

Él la miró sorprendido.

- Realmente, haces lo que te parece bien cuando te parece bien, ¿verdad?

- ¿Y por qué no? - lo retó ella con un tono tajante -. ¿Es que las mujeres británicas no lo hacen?

Él se rió, pero no respondió. Se dio la vuelta y continuó su camino. Ella lo siguió.

Capítulo 3

ESTABA lloviendo y hacía mucho frío, al menos desde el punto de vista de Marina. Se suponía que en aquella parte del mundo era verano. Claro que todavía era muy temprano, solo las seis de la mañana. El avión había aterrizado pasadas las cinco.

Marina pensó que, tal vez, la ropa que había llevado era totalmente inadecuada.

- No te preocupes - le dijo el conde de Winterborne al ver que miraba apesadumbrada al cielo -. Tenemos calefacción en todas partes. A veces, el mes de agosto es así, totalmente impredecible. Seguramente, mañana será mucho mejor. Aquí está William con el coche.

Un Bentley de color verde oscuro conducido por un uniformado y orondo chófer se detuvo ante ellos.

- No hace falta que salgas del coche, William - le dijo el conde -. Dame las llaves y yo meteré el equipaje en el maletero. Ésta es Marina. Acaba de llegar de Sydney.

- ¿Cómo está usted? - preguntó educadamente el chófer, quitándose la gorra. Ella entró en el coche y se sentó en el lujoso asiento de piel.

Intercambiaron una sonrisa a través del espejo retrovisor.

- El señor conde se puso extremadamente contento cuando recibió la noticia de su venida. No sabe el bien que está haciendo con este gesto desinteresado.

- Yo no diría tanto.

- ¿Qué es lo que no dirías? - preguntó el conde que acababa de entrar en el coche y estaba cerrando la puerta.

El chófer respondió por ella.

- Que cualquiera no haría lo que la señorita va a hacer por Rebecca.

- Estoy totalmente de acuerdo. Vamos directamente a mi apartamento, William.

- Muy bien, señor.

Por suerte, el señor conde se colocó justo al otro extremo del asiento, lo que ella agradeció notablemente, pues estar en un lugar tan pequeño con él era verdaderamente perturbador.

Además, su olor a colonia cara la transportaba a un lugar lleno de pinos, cubierto de nieve, sábanas blancas en un reconfortante y cálido lugar y cuerpos desnudos.

¡Cielo santo, estaba volviendo a hacerlo!

Marina trató de controlar su pensamiento y sus sensaciones, volviendo la cabeza y centrando su atención en las calles de Londres.

- Según has dicho, tu madre murió de cáncer.

¡Maldición! Estaba hablando con ella y se iba a tener que volver hacia él.

Lentamente, lo miró.

- Sí, así es.

- ¿Leucemia?

- No. Cáncer de piel. Murió hace un par de meses de un melanoma. Murió poco después de que se lo diagnosticaran, pero nunca es lo suficientemente rápido.

- ¿Y cómo lo lleva tu padre?

- Mi padre murió cuando yo no era más que un bebé. Se rompió el cuello haciendo equitación. Por eso no tengo ni hermanos ni hermanas.

- ¡Pobre madre tuya!

- Mi madre era una mujer muy fuerte.

- La hija ha salido a ella.

Marina negó con la cabeza.

- Ojalá fuera así. Pero no quiero hablar de mí, sino de Rebecca.

- ¿Qué quieres saber?

- Pues quiero saberlo todo - sentía una gran curiosidad por aquella niña y por su tío abuelo.

- Solo hay media hora desde aquí hasta Mayfair - dijo él -. Dudo que pueda contártelo todo sobre la saga de los Winterborne en tan poco tiempo, pero intentaré hacer un resumen. Permíteme que omita ciertos capítulos, para que no te hagas una mala opinión de mí.

- Tengo muy buena opinión de usted - dijo ella sin pensar.

Era verdad. Aparte de la incontrolable atracción que sentía, le había parecido un buen hombre. Alguien egoísta no habría ido a recogerla personalmente al aeropuerto a las cinco de la mañana, le habría dado igual si su chófer tenía artritis, y no dedicaría su vida a una niña enferma.

Él sonrió irónicamente.

- Realmente no me conoces.

Ella se encogió de hombros.

- A una persona se la conoce por sus actos.

Él asintió.

- Trataré de recordarlo.

El conde empezó a hablar y Marina se dio cuenta de que podría

pasar horas escuchándolo. Le encantaba su voz profunda y grave, y unas vocales perfectas. Jamás podría haberse imaginado que las vocales perfectas pudieran fascinarla, pero resultaba que saliendo de su boca lo hacían. Todo en él le gustaba.

El conde narró una apasionante historia digna de novela.

Al parecer no era a él al que le correspondía heredar el título de conde, sino a su hermano Laurence, veinte años mayor que él.

El tal Laurence había sido un vividor, al que le gustaba jugar y vivir a lo grande. Por desgracia, su padre, el conde, murió de un ataque al corazón poco después de que su hijo Laurence cumpliera los veintiún años.

Laurence sorprendió a todo el mundo casándose poco después del fallecimiento de su padre.

Pero cualquier esperanza de que las nuevas responsabilidades y el matrimonio lo encauzaran por el buen camino pronto se desvanecieron.

Joy, su esposa, era la hija pequeña de una familia de cuatro hermanas, conocidas todas por su naturaleza ambiciosa y sus ganas de ascender en la escala social. Con Joy a su lado, Laurence se hizo aún más extravagante. Jugaban juntos, viajaban continuamente, esquiaban, compraban e iban a fiestas. Casi nunca estaban en la mansión de los Winterborne, lo cual era un alivio para la madre de Laurence, quien todavía lloraba la muerte de su marido, mientras criaba a un bebé a la edad de cuarenta y cinco años.

El nacimiento de Estelle, dos años después de la boda, no cambió en nada el estilo de vida de los condes de Winterborne. Se limitaron a contratar a una niñera que se encargaba de la pequeña en las largas ausencias de los padres.

Estelle y James se criaron más como hermanos que como tío y sobrina. Pero, aunque su madre y él hicieron todo lo que estaba en su mano para llenar el vacío que dejaban los padres, Estelle creció sintiéndose sola y abandonada por ellos.

Estelle se escapó de casa en cuanto tuvo ocasión y se metió en el mundo de la droga. Cuando sus padres dejaron de darle dinero, se dedicó a la prostitución para poder comprar lo que necesitaba.

Mientras James estaba en Cambridge, ella lo llamó en varias ocasiones para pedirle dinero. Cada vez que lo hacía, él trataba de enmendarla, sin éxito.

Unos años más tarde, se quedó embarazada y logró convencerla de que volviera a casa. Durante el embarazo, consiguió dejar las drogas, hasta que dio a luz a Rebecca. Un mes después del parto, murió de sobredosis a la edad de veinticinco años, dos menos que

su tío James.

Los abuelos de Rebecca no hicieron caso alguno a la pequeña y continuaron con su excesiva vida.

Cuando la niña tenía un año, la bisabuela murió. James estaba entonces trabajando en Londres y la pequeña, a cargo de una niñera, llevaba una vida aún más solitaria y abandonada que la de su madre.

Pero el destino cambió las cosas.

Sus abuelos murieron en una avalancha mientras practicaban el esquí en Suiza y James se convirtió en el Conde de Winterborne. Pasó a tomar las riendas del condado y se convirtió en el tutor de su sobrina de cinco años, dándole a la pequeña el amor y el cuidado del que había carecido hasta entonces. Pero aquella felicidad duró poco, pues pronto le diagnosticaron leucemia.

Durante los últimos dos años de su vida, el conde había estado dedicado por completo a la enfermedad de Rebecca.

- Lo ha pasado muy mal a lo largo de su corta vida - dijo él.

- A veces las cosas van así: no llueve, sino que diluvia - dijo ella.

De pronto, un rayo de sol apareció entre las espesas nubes.

Marina miró al cielo y se rió.

- Espero que ese sol que aparece tímidamente sea una señal. Y tal vez lo sea. Después de todo, las posibilidades de que encontraran la donante perfecta eran de una entre un millón y, sin embargo, ha ocurrido.

- Creo que eso te describe a ti a la perfección: una entre un millón.

Marina sintió un cosquilleo en el estómago.

- Es usted un adulador, señor conde.

Él no respondió y aquel silencio la puso aún más nerviosa. ¿En qué estaría pensando? ¿Por qué la miraba tan fijamente? Seguro que la atracción no podía ser mutua.

Ella tragó saliva y pensó en algo que decir.

- ¿Estamos... estamos muy lejos de Mayfair? - preguntó.

- No, no muy lejos - respondió él -. ¿Es la primera vez que vienes a Londres?

- No. Estuve aquí hace unos años e hice todas las cosas que una turista puede hacer, sin gastar mucho dinero.

- ¿Fuiste al teatro?

- No. Demasiado caro.

- ¿Querrías que te llevara?

Ella lo miró fijamente, pero no halló nada en su rostro, más allá de un gesto de pura educación.

- No voy a tener tiempo, si voy a Winterborne.

Él levantó las cejas sorprendido.

- ¿Eso quiere decir que vas a venir?

- Bueno, dijo que no admitiría un «no» por respuesta.

Él se rió.

- No esperaba que sucumbieras a ese tipo de chantaje masculino.

Marina pensó que aquel comentario era una verdadera provocación. «Sucumbir al chantaje masculino... » Aquello despertó en ella todo tipo de imágenes eróticas.

Lo miró directamente a la cara, tratando de encontrar alguna clave sobre cuáles eran sus sentimientos en aquel momento. Pero no encontró nada, solo un gesto acartonado que hablaba de un orgullo ancestral y que ocultaba cualquier sentimiento.

Desde luego, si había algún tipo de atracción física por su parte, no había ni el más mínimo signo de que así fuera.

Un ancestral instinto femenino le decía que no era prudente ir a Winterborne, pero, por otro lado, sentía una tremenda curiosidad por ver aquel lugar, por estar con él en aquella casa y dormir en una de las habitaciones, y por pasarse la noche fantaseando sobre el dueño y señor de Winterborne.

- No se trata de sucumbir a un chantaje masculino, sino de haber tomado una decisión. Me gustaría conocer el lugar en el que Rebecca vive. A pesar de todo, solo podré estar allí un par de días. Necesito volver a Sydney cuanto antes - tenía que regresar al mundo real, huir de aquella fantasía descabellada.

- Estarás echando de menos a tu prometido - dijo él -. ¿Cómo se llamaba?

- Shane.

- ¿A qué se dedica?

- Era el ayudante de mi madre en la escuela de equitación. Es muy bueno con los caballos.

- Ya. ¿Y ahora qué hace?

- Lo mismo. Él se encarga de la escuela. Sería una pena ver cómo todo cuanto había construido mi madre se desmorona.

- Pero no es a eso a lo que tú te dedicas., ¿verdad?

Marina lo miró confusa.

- ¿Por qué dice eso?

- Tus manos por ejemplo. No trabajas con las manos. También está claro que no pasas mucho tiempo bajo el sol.

Ella se miró las manos. Su piel blanca resaltaba sobre el color oscuro de su falda. El conde la estaba empezando a poner nerviosa con aquellas agudas observaciones. ¿De qué más se había dado

cuenta? Cruzó los dedos y los apretó el uno contra el otro.

- Sí, tiene razón. Soy profesora.

- Profesora - repitió y sonrió pícaramente -. Te puedo imaginar al frente de una clase. Pero no podría ser una clase de chicos, se distraerían. Tienes que enseñar a chicas, ¿me equivoco?

Marina estaba confusa. Su comentario la desconcertaba. ¿Acaso aquello quería decir que la encontraba atractiva? La idea le parecía realmente excitante.

- Esta vez se equivoca. Doy clases a niños y a niñas de nueve y diez años.

- ¡Eso es otra cosa! Los niños de diez años no son «chicos», solo pequeños salvajes. Yo me refería a los que empiezan a apreciar la diferencia entre un hombre y una mujer. ¿Cuántos años tienes, Marina?

- Veinticinco.

Él sonrió como si la edad le hubiera parecido, por algún motivo, adecuada.

- El coche giró y entró en una calle pequeña, franqueada por dos austeros edificios de ladrillo rojo.

- Esto eran caballerizas - explicó el conde, al ver que ella miraba las casas de arriba abajo.

Sí, he leído sobre ello. Eran los establos de la realeza, ¿no?

- Si no de la realeza, sí de los ricos. Ahora son apartamentos.

- A pesar de todo, deben ser realmente caros.

- Supongo que sí, pero no lo sé. Yo lo heredé cuando mi padre murió. Lo lógico habría sido que hubiera ido a parar a mi hermano mayor, pero creo que mi padre quería rescatar parte del patrimonio familiar. Como es de imaginar, mi hermano estuvo a punto de acabar con toda nuestra fortuna. Pero no sé por qué te estoy contando todo esto - dijo él repentina e inexplicablemente irritado. Se inclinó hacia delante y tocó a William en el hombro -. Déjanos aquí, en la puerta, William.

El coche se paró ante una gran puerta de madera con una aldaba de bronce en el centro. Geranios y petunias colgaban de cestas a cada lado.

- Déjame la llave un momento para poder sacar la maleta de la señorita Spencer. No discutas conmigo. Sé cómo te duele esa pierna. Si lo hubiéramos hecho como yo quería, tú te habrías quedado en casa y yo habría ido en el coche hasta el aeropuerto. Después de aparcar, entra en casa y desayuna tranquilamente. Faltan dos horas hasta que tengamos que ir al banco.

El chófer suspiró.

- Me mima usted demasiado. Su hermano no me habría...

- Mi hermano ya no está aquí, William. Yo sí.

En aquel momento, Marina se dio cuenta de que no era solo el magnífico físico del conde lo que la había cautivado, sino el hombre en sí, toda su persona, su personalidad, pero, sobre todo, su compasión por los demás.

- Espera a que te abra la puerta - le dijo a Marina.

Pero ella no lo hizo. Salió sin cumplir su mandato.

Él la reprendió con una sonrisa.

- ¿No decías que «donde fueres, haz lo que vieres»?

Ella se encogió de hombros.

- Lo intento, pero ya se sabe que la carne es débil. No puedo vencer a la tentación de rebelarme.

Él la miró durante unos segundos.

- Dudo que haya nada débil en ti, Marina - le dijo el cumplido con una voz muy fría -. Como la mayor parte de los australianos, desprecias las formas tradicionales porque, sin duda, son muchas veces poco prácticas e, incluso estúpidas. Pero eso es porque todavía no has conocido a Henry. Te aviso de antemano de que, en este apartamento, las cosas se hacen como Henry quiere o, sencillamente, no se hacen.

Capítulo 4

QUIÉN es Henry? - preguntó Marina.

- Es mi ayuda de cámara. Era el mayordomo de la mansión Winterborne.

- ¿Qué ocurrió?

- Llevaba treinta años trabajando allí cuando cumplió los setenta años. Mi hermano, entonces, decidió jubilarlo contra su voluntad.

Su tono irritado dejaba patente que la acción de su hermano le había parecido injusta.

- Henry estaba perfectamente capacitado para desempeñar su trabajo - continuó el conde -. Lo único que le sucedía era que tenía gota. El pobre hombre habría muerto víctima de la inactividad si lo hubiéramos dejado así. De modo que, cuando me vine a Londres, me lo traje. Le dije que necesitaba compañía y alguien que pusiera en orden mi vida.

- ¿Era tu vida tan caótica? - preguntó ella, consciente una vez más de la generosidad de aquel hombre.

- No, en absoluto. Por eso, me arrepentí casi de inmediato de haberle propuesto semejante cosa. ¡No te puedes imaginar hasta qué punto se empeñó en organizar mi existencia!

- ¿Qué hizo?

- ¡No te lo puedes imaginar!

- Pues no, no puedo. Por eso quiero que me lo cuente.

Él la miró con una sonrisa en los ojos.

- Eres muy curiosa. Pero también es muy fácil sincerarse contigo, ¿lo sabías?

- La verdad es que ya me lo habían dicho antes. Cuando estamos en el recreo, los niños vienen a mí para contarme sus problemas y, en los autobuses, las señoras siempre me cuentan sus vidas. No tengo ni idea de porqué me sucede eso.

- Son tus ojos. Tienes una mirada comprensiva.

Ella se ruborizó al oír el cumplido.

- Bueno.. ¿Y qué fue lo que Henry hizo?

- ¿Que qué hizo? Pues bien, lo primero que hizo fue convertir mi estudio en un gimnasio. Para mí, que todo el ejercicio que había hecho a lo largo de mi vida consistía en darle a las teclas del ordenador y jugar al ajedrez, aquello fue un verdadero tormento.

- Pues le ha sentado muy bien. Se le ve muy en forma - le aseguró ella.

- He sufrido mucho para conseguir tener este cuerpo, te lo

aseguro - el conde llamó al timbre -. Cambió mi dieta y la transformó en comidas bajas en colesterol y en grasas, así es que, en cuanto tengo la oportunidad, me voy a un café y me como el pastel con más calorías que haya.

Marina se rió abiertamente.

- Pero su mayor hazaña fue lograr que dejara de fumar. Te aseguro que no sé cómo hizo eso.

- La verdad es que, así descrito, parece maravilloso - dijo ella.

El conde sonrió.

- Lo es. Pero al principio cuesta acostumbrarse a él. Claro que, ahora, no sería capaz de prescindir de él, sobre todo porque juega increíblemente bien al ajedrez. Lo único es que cada vez le cuesta más subir las escaleras. Hace poco cumplió los setenta y siete años.

La puerta se abrió en aquel preciso momento y ante ellos apareció Henry, impecablemente vestido con un traje a rayas y los zapatos con tanto brillo como solo un mayordomo puede sacar. Incluso llevaba guantes. Estaba claro que había sido un hombre muy atractivo de joven y, a pesar de su cabello gris y su espalda ligeramente encorvada, no parecía tener setenta y siete años.

- ¿El avión llegó a su hora, señor? - preguntó.

- Un poco más pronto, Henry. Te presento a la señorita Marina Spencer. Le gusta que la llamen Marina.

Henry se inclinó ligeramente, en una reverencia tensa, que no se sabía si estaba motivada por la gota o era su forma habitual de hacerla.

- ¿Cómo está usted, señorita Marina? Bienvenida a Londres. Tengo su café preparado, señor. Para la señorita he hecho un desayuno en condiciones. Espero que no sea una de esas jóvenes que solo toma café por la mañana - la afirmación estuvo acompañada de una mirada acusadora a su señor.

Marina no pudo evitar una carcajada.

- No, claro que no soy una de esas. En donde yo vivo podemos desayunarnos un caballo.

- Me alegro de oír eso - dijo él y agarró la pesada maleta con increíble facilidad.

Entraron en la casa y Marina se quedó admirada del espléndido lugar y de su decoración típicamente inglesa. Del mismo recibidor partía una gran escalera de mármol, cubierta en el centro con una moqueta verde oscuro.

- He preparado para la señorita Marina la habitación rosa, señor - dijo el hombre, mientras subían la escalera.

- Muy bien, Henry. Ahora vendrá William a desayunar. Como sé

que no va a querer comer con nosotros, prepárale algo en la cocina y asegúrate de que se toma su medicación. Su artrosis está muy mal esta mañana.

- Sí, señor. El desayuno será servido dentro de quince minutos. Supongo que la señorita querrá ir a su habitación primero.

- Se lo agradecería, Henry, si no hay inconveniente - Marina se dio cuenta de que estaba empezando a hablar como ellos y no pudo evitar sonreír.

- ¿Qué es lo que te resulta tan divertido? - le murmuró el conde mientras seguían a Henry.

- Que estoy empezando a «hacer lo que veo»

- ¡No puede ser! - bromeó él.

- Me temo que si. Dentro de poco me veré tomando té por la tarde y comiendo sandwiches de pepino, al más puro estilo británico.

- ¿Qué sueles tomar por la tarde?

- Café.

- A mí también me gusta el café, sobre todo por las mañanas. Mi desayuno consiste en tres tazas.

- ¿Y qué pasa con el obligado desayuno de Henry?

- No puedo meter en mi cuerpo nada sólido a primera hora - le aseguró él -. Bien, Henry, dejo a la señorita Marina en tus manos - se dirigió a ella -. No bajes tarde a desayunar, o irá a buscarte con un palo.

- Muy gracioso, señor - dijo el mayordomo.

Marina y él se dirigieron al dormitorio.

- No le haga caso, señorita - Henry la guió a través del pasillo, lleno de obras de arte -. Al señor conde le gusta bromear. Es un hábito que adquirió durante su adolescencia. Se dedicaba a hacerle bromas al servicio, sobre todo a mí.

Marina no podía imaginarse al engolado y formal señor conde como un adolescente que se dedicara a gastarle bromas al servicio.

Henry se detuvo ante una puerta y la abrió.

- ¡Henry, esta habitación es preciosa! Nunca había visto nada igual. Parece el dormitorio de una reina - exclamó ella, encantada con la visión.

El mayordomo respondió con toda seriedad.

- No creo que nunca haya dormido aquí ningún miembro de la realeza, pero sí un par de condesas y la señorita Tiffany. Ella siempre duerme aquí cuando pasa la noche en Londres.

- ¿La señorita Tiffany? - preguntó Marina sin darle mayor importancia al comentario.

- Estoy seguro que la conocerá durante su estancia aquí, señorita Marina. Suele visitar a Rebecca muy a menudo. Es la hija pequeña y la única descendiente de los duques de Ravensbrook. Son vecinos de los condes de Winterborne. Su pobre hermano, a quien le correspondía heredar el título, murió trágicamente en la Guerra del Golfo. Era el mejor amigo del señor conde. El señor aprecia mucho tanto a los duques como a la señorita Tiffany. Es una muchacha realmente dulce.

- Marina se dio cuenta de que Henry trataba, deliberadamente, de hacerle saber algo.

- El señor conde y la señorita Tiffany anunciarán su compromiso matrimonial el próximo mes - dijo el mayordomo y esperó a que Marina respondiera.

Pero ella se quedó sin habla, incapaz de decir nada.

La noticia la había desconcertado de un modo inexplicable. No podía ser, que sus sentimientos por el conde fueran tan profundos. ¿Cómo podía una chica vulgar soñar tan siquiera con un hombre como aquel?

Marina buscó dentro de sí la mejor de las sonrisas.

- Eso es estupendo - mintió ella -. Le daré mi enhorabuena en cuanto lo vea. Yo también me voy a casar muy pronto.

El mayordomo pareció aliviado con la noticia y ella se indignó. ¿Qué le había hecho pensar a aquel hombre que ella podría interponerse en la relación del conde con su futura prometida? ¿Qué motivo tenía para haberse formado opinión alguna de ella, cuando solo hacía unos minutos que la conocía?

Se sintió ofendida.

«No te mientas a ti misma, Marina», le dijo una voz interior. «El conde podría meterte en su cama con solo un chasquido de dedos. Acudirías a toda prisa a colarte entre sus sábanas, y lo sabes».

«Ya está bien», le dijo su otro yo. «No soy de esa clase de mujeres».

«No. Pero, ¿y él? ¿Es él de esa clase de hombres? La mayoría lo son».

- Esa es una estupenda noticia - dijo el mayordomo -. Espero que sea muy feliz. Ahora la dejo sola. El salón de desayunar está en la planta baja. Es la primera puerta del pasillo a la derecha.

Hizo una reverencia y salió del dormitorio con una sonrisa satisfecha.

Marina se quedó mirando a la puerta que el hombre acababa de cerrar.

En cuanto se hubo marchado, Marina hizo algo totalmente

inesperado: se lanzó sobre la cama y se echó a llorar.

Capítulo 5

PARECES cansada - le dijo el conde mientras saboreaba la primera taza de café -. Y apenas si has probado bocado.

Marina le sonrió desde el otro extremo de una mesa redonda, tan lujosamente preparada como si de una cena oficial se tratara.

El salón no era tan formal como el resto de la casa pero, a pesar de todo, estaba pulcramente decorado en tonos crema.

- ¿No tienes hambre?

Marina fijó los ojos en la comida extendida a lo largo de la mesa.

Delante de ella, había un gran plato con huevos revueltos, beicon y unas salchichas, pero, de momento, solo había podido tomarse el zumo de naranja.

Definitivamente, no tenía hambre.

- Creo que lo que necesito es dormir - admitió ella. Mientras dormía no podría pensar ni en Shane, ni en el hombre que tenía delante.

- ¿Estás segura de que quieres que te internen en el hospital esta tarde?

- Sí, estoy segura - respondió la parte práctica de Marina -. No quiero retrasos. Si todavía estoy dormida cuando regrese del banco esta tarde, despiérteme.

Nada más sentarse a desayunar le había contado que era el vicepresidente de uno de los más poderosos bancos londinenses. También le había contado que tenía una reunión a la hora de la comida.

- Y si no, mejor que me despierte Henry antes, para que, cuando llegue ya esté preparada.

Él frunció el ceño ante el tono impositivo y seco de sus palabras.

Marina se dio cuenta de que aquello no era en absoluto culpa de él, pues, en ningún momento se le había insinuado ni le había hecho creer que tuviera algún interés personal en ella. Se había limitado a mostrarle su agradecimiento por lo que estaba haciendo por su sobrina.

- Lo siento, James - se disculpó indebidamente y, enseguida, rectificó -. Quiero decir, señor conde.

Él sonrió.

- Bien, al fin has caído en tu propia trampa. Me estaba preguntando cuánto tiempo tardarías. A partir de ahora, me llamarás James y no estoy dispuesto a aceptar un «no» por

respuesta.

Ella no pudo evitar una sonrisa cómplice.

Henry entró en el comedor en aquel preciso momento, justo cuando ella sonreía a su señor y, lo que era peor, cuando él le devolvía la sonrisa.

El conde remató la confusa situación añadiendo una aún más confusa información.

- Marina ha aceptado tutearme, lo cual me satisface. Pensé que iba a tener que soportar lo de «señor conde» durante diez días.

- ¿Diez días, señor? - dijo Henry -. El vuelo de la señorita Marina está reservado para dentro de una semana. En el hospital me garantizaron que ese sería el tiempo que tardarían.

- Puede que así sea - dijo él y se levantó -. Pero después de la operación, la voy a llevar unos días a Winterborne. No te preocupes, Henry. Le diré a mi secretaria que cambie la reserva.

El mayordomo frunció el ceño.

- Señor, ha olvidado algo.

- ¿Qué, Henry?

- La señorita Tiffany estará en Italia en esas fechas.

James dejó la servilleta sobre la mesa.

- No, Henry, no lo he olvidado. Pero no voy a llevar a Marina a conocer a nuestros vecinos. Lo que quiero es enseñarle el lugar y la casa de Rebecca.

Marina se puso tensa al darse cuenta de que el conde no tenía intención alguna de decirle que estaba a punto de comprometerse. Aquella omisión encendió en ella una ávida curiosidad. ¿Acaso estaba omitiendo aquel importante detalle por algún motivo? ¿Es que Henry conocía a su señor demasiado bien? ¿Tenía el conde una pasión secreta por las pelirrojas?.

Quizás aquel matrimonio fuera de conveniencia y él pensaba tener siempre a su lado amantes secretas. No sería la primera vez que esas cosas sucedieran en aquellos círculos. Y, después de todo, que mejor opción que una australiana que, después de unos pocos días, volaría lejos, muy lejos de allí.

Marina miró a James y se preguntó si Henry habría notado su inesperado e intenso deseo por él. Estaba claro que el mayordomo temía algo y no le cabía duda de que tendría sus motivos.

Sus emociones se debatieron entre la excitación del reconocimiento de una atracción mutua y la decepción ante el descubrimiento de que el señor conde no era tan perfecto como ella se había imaginado. No obstante admitió que no había motivo para que lo hubiera puesto en un pedestal. Al fin y al cabo, era un

hombre, no un santo.

- Pero estoy seguro de que a la señorita Tiffany le gustaría conocerla.

Marina decidió en aquel instante que no estaba dispuesta a formar parte de ningún sórdido juego sexual del conde.

- Sí, y a mí me gustaría conocerla - añadió Marina -. Henry me ha comentado que vuestro compromiso se celebrará en breve.

El conde miró al mayordomo y, unos segundos después, soltó una carcajada.

- Definitivamente, Marina, tienes algo que hace que la gente se sincere contigo, porque Henry no ha sido jamás dado al cotilleo. Sabes de la vida más de lo que me conviene, Henry.

- He vivido ya mucho tiempo, señor. Su hermano habría dicho que demasiado.

- Y puede que en este caso le hubiera dado la razón - respondió, antes de volverse hacia Marina -. ¿Ves cómo me obliga a portarme como es debido? En fin, descansa, Marina. Volveré a recogerte a eso de las dos y media. Henry, asegúrate de que coma algo cuando se levante. No me gustaría confiar solo en la comida del hospital.

- No, señor.

El conde se marchó y Marina se quedó mirando a la puerta recién cerrada mientras trataba de apaciguar su corazón, inexplicablemente dolorido.

- Apenas si ha desayunado, señorita Marina - dijo Henry, mientras ponía las tazas usadas y la cafetera en la bandeja.

- Lo siento, Henry - dijo ella -. He perdido el apetito por algún motivo.

- Quizás esté nerviosa por la operación, señorita - dijo con una suavidad en su voz que no había oído antes.

- Quizás, Henry.

- Puede que, después de dormir, se le abra el apetito.

- Puede...

De pronto, la barbilla le comenzó a temblar y las lágrimas llenaron sus ojos. Sintió pánico y se levantó de golpe, dispuesta a correr a su habitación antes de ponerse en evidencia. Pero en su brusco movimiento golpeó la bandeja que Henry llevaba en las manos, lanzando todo su contenido al suelo.

- ¡Dios santo! ¡Lo siento, Henry, soy una completa idiota! - se agachó rápidamente y comenzó a recoger lo que se había caído.

Pero el incidente no había hecho sino abrir las compuertas de la presa, y el flujo de lágrimas, lejos de remitir, se soltó con toda su furia.

La expresión en el rostro de Henry dejaba patente que no estaba habituado a aquella abierta expresión de las emociones.

- Es solo que estoy cansada - dijo ella entre gemidos -. Estaré bien dentro de un rato.

Henry le quitó los trozos de porcelana que tenía entre las temblorosas manos.

Después, la ayudó a levantarse. Le posó los brazos alrededor de los hombros con una increíble gentileza.

- Lo que necesita es dormir, señorita. Vamos, la acompañaré a su dormitorio.

- Muchas gracias, Henry. Es usted un encanto.

- No hay de qué y, permítame que le diga, que es usted la encantadora en este caso. Entiendo perfectamente por qué el conde está fascinado con usted.

Ella parpadeó, se detuvo y se apartó del mayordomo. Estaban en mitad de las escaleras y ella se apoyó en la balaustrada.

- ¿Por qué dice eso, Henry? No hay nada entre el conde y yo. Si acabamos de conocemos... Su compromiso se celebrará dentro de nada y mi matrimonio también. Si cree que se me ha ocurrido pensar en una relación ilícita con él, está muy equivocado.

Henry no pareció afectado por el tono crispado de la invitada.

- Puede que sea así, pero yo veo lo que veo. El señor conde está fascinado con usted, y de eso no me cabe la menor duda .- Marina no sabía qué decir. Estaba confusa a la par que feliz de que Henry viera las cosas así. En cuanto a lo que ella sentía, no tenía sentido que se negara a sí misma lo que era una obviedad. Podía parecer absurdo que en tan poco tiempo le estuviera pasando lo que le pasaba, pero así era y no había negación posible.

Eso no significaba que estuviera dispuesta a meterse en la cama de James.

- El señor conde está en un período difícil. Está bajo mucho estrés por lo que le ha sucedido a la pequeña Rebecca. Aparte de eso, su relación con la señorita Tiffany es de una naturaleza muy especial, lo que hace que pueda estar pasando un momento complicado. Podría ser susceptible de caer fácilmente en el embrujo de una atracción intensa y real, pero pasajera.

Marina no estaba segura de entender a que se refería, hasta que recordó que le había comentado que la señorita Tiffany dormía en la habitación rosa cuando se quedaba en la casa.

Sin duda, era extraño que, estando a punto de comprometerse, no pasaran las noche juntos. De pronto, se dio cuenta de a qué se refería el anciano.

- Veo que acaba de comprender de qué hablo - dijo él hombre, algo confuso -. Quizás no debería haber sido tan explícito…

- Creo que es lo mejor que podía haber hecho. Y, por eso, le voy a corresponder con idéntica sinceridad. Le aseguro que no tengo intención alguna de hacer nada que pueda comprometer la integridad moral del señor conde. Tengo que reconocer que me gusta mucho, más que gustar. Creo que es un hombre «fascinante». Pero no soy tan necia como para engañarme sobre sus posibles intenciones, y tampoco soy una mujer fácil.

- Señorita Marina, yo no quería decir…

- Lo sé. Pero por el tipo de comentario que ha hecho, parece que yo no tuviera ningún poder de decisión en todo esto. Da la impresión de que sería capaz de olvidarme de mi prometido y de meterme en la cama con el conde. También creo que ve más de lo que hay, lo que el conde siente por mí no puede ser tan fuerte. No soy tan guapa como para despertar pasiones a primera vista. Estoy segura de que, en el círculo en el que se mueve James, tiene que haber mujeres mucho más guapas y sofisticadas que yo - añadió ella -. Dudo de que un hombre como James no tenga miles de mujeres revoloteando a su alrededor todo el tiempo, y a las que podría conseguir si quisiera.

- Pero es que yo no he dicho que él quiera.

- ¿Entonces qué está diciendo?

- Pues que a veces la gente se ve atrapada en una serie de circunstancias que trabajan contra su decencia natural. Y no se subestime. Sé lo que el conde siente por usted, se lo aseguro, y tiene motivos. Tiene usted unas bonitas curvas, acompañadas por una belleza que irradia paz y una mirada llena de vida. Su pelo es suave e invita a ser acariciado.

Marina se ruborizó.

- Está exagerando.

- No, le aseguro que no. Y, además, conozco a mi James.

Miró al mayordomo, que había usado el nombre de pila del conde deliberadamente.

- Me está asustando, Henry.

- Eso espero, señorita - le dijo -. No me gustaría que se fuera con el corazón roto. Debe cuidar que no empiece a latir demasiado rápidamente por la persona equivocada, y debe evitar querer ser quien no es.

Marina se sintió ofendida.

- Yo soy tan buena como cualquiera - dijo con orgullo.

- Sí, pero no va a ser la mujer que se case con el conde por un

motivo. Antes de partir hacia la Guerra del Golfo, el hermano de la señorita Tiffany le hizo prometer al conde que cuidaría de la señorita si algo le ocurría. Su matrimonio es un deber ineludible y algo que él estaba feliz de llevar a cabo hasta esta misma mañana.

Marina se sintió francamente incómoda con las implicaciones de Henry.

- Pero yo no he hecho nada.

- No le hace falta. Basta con ser usted misma. Sé que las cosas no han ido demasiado lejos aún. Pero, créame, conozco al señor. No está acostumbrado al celibato y es fácil que se sienta atraído por alguien que piensa que es, ¿«fascinante» era el término?…

Marina suspiró.

- Creo que entiendo lo que quiere decir Henry.

- Entonces, ¿tratará de mantenerse alejada de él?

- Haré lo que considere más adecuado.

Todavía no sabía qué. Lo único que sabía era que no le gustaba aquella gente, sus engoladas costumbres, sus acciones determinadas por el honor y el deber. Ella se dejaba guiar por el corazón y su corazón le decía que, tal vez, estaba locamente enamorada del conde de Winterborne.

Podría resultar extraño, pero no era imposible. Si durante siglos se había escrito sobre el amor a primera vista, sería porque, después de todo, existía.

Pero aquello la llevó a otro asunto. Fueran cuales fueran sus sentimientos por James, lo que estaba claro era que no se podía casar con Shane. La relación con su prometido estaba construida sobre bases erróneas.

Marina decidió que, al llegar a casa haría lo correcto y rompería el compromiso.

Y, para que las cosas resultaran más suaves, le daría los caballos que tenían y le cedería el nombre de la escuela. Al fin y al cabo, él había ayudado a su madre a ponerla en funcionamiento. Algo le decía que así no le iba a importar tanto la ruptura.

Y, en cuanto a hacer lo que debía en el caso de James, eso era algo que prefería dejar en sus manos.

Capítulo 6

TIENES mucho mejor aspecto ahora - le dijo James a Marina cuando se sentó a su lado en el asiento trasero del coche.

Antes de salir, Marina le había pedido a Henry su aprobación al traje negro que había elegido. Con un ligero gesto, había dado el sí.

Pero no habría sido tan complaciente de haber sabido lo que ella tenía en su cabeza.

Desde el instante en que se había despertado, no había podido evitar el creciente nerviosismo y la excitación ante la inminente llegada de James. Había comido porque James lo había ordenado y sospechaba que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa que él le pidiera.

- Se nota que has dormido bien - añadió.

Ella trató de no mirarlo embobada, pero le resultaba difícil evitarlo. Había olvidado lo guapo que era.

Esperaba que las advertencias de Henry y su propia conciencia la ayudaran para no dar muestras de lo que estaba pensando.

No obstante, no podía evitar imaginarse lo maravilloso que sería que, al menos una vez, la estrechara entre sus brazos y pudiera pasar la noche con él.

Su fantasía la llevó hasta ese escenario pero, lejos de recrearse en una imagen puramente erótica, lo que vio fue al conde y a ella acostados juntos, desnudos sí, pero acariciándose con ternura.

De pronto, pensó en cómo sería James después de haber hecho el amor. Shane siempre se daba media vuelta y se dormía. Marina estaba segura de que el conde no... no con ella...

- Me encanta el perfume que llevas - murmuró él y su voz profunda la trajo de vuelta a la realidad -. No lo conozco.

- Se llama «Amor Verdadero» - dijo ella y se volvió a mirar por la ventanilla.

- ¿Un regalo de tu prometido?

Ella volvió la cabeza hacia él dispuesta a decirle que ya no tenía un prometido, al menos no en su corazón y que, en cuanto tuviera ocasión, se lo diría. Pero no lo dijo.

Pensó en todas las advertencias que le había hecho Henry. No quería volverse a casa con el corazón roto, y él tenía razón. Los hombres como James no se casaban con chicas como ella, sino que las tienen de amantes.

Por mucho que ella se considerara a sí misma tan buena como cualquier persona, James se movía en un círculo de gente que se

regía por reglas diferentes a las suyas. Marina pensó en su madre, procedente de una familia británica de clase alta, que había tenido que huir a Australia para poder estar con el hombre al que amaba.

- No, era de mi madre - dijo ella con un tono cortante.

Él la miró de un modo arrogante y alzó la nariz orgulloso.

- Le compraré a Tiffany un frasco.

Marina trató de ignorar el comentario, pero le resultó casi imposible.

- Creo que sería mejor que me fuera en el vuelo que Henry me ha reservado.

Él volvió la cabeza bruscamente y la miró con ojos encendidos por la furia.

- ¿Qué es lo que te ha dicho Henry?

Ella se ruborizó, traicionando tanto a Henry como a sí misma. Pero la obscenidad que James farfulló lo traicionó aún más a él.

- ¡Ese viejo zorro se cree que lo sabe todo y no sabe nada! ¿Qué es lo que te ha dicho? Tengo que saberlo.

No sabía qué responder, pues se sentía como si estuviera andando en un campo de minas. De pronto, pensó que el mayordomo podría estar equivocado, especialmente por el comentario que acababa de hacer respecto a comprarle un frasco de perfume a su prometida que se llamaba «Amor Verdadero».

- Él... - empezó a decir ella -. Haga lo que haga lo hace por tu bien.

James protestó.

- Sigue viviendo en la edad de piedra. No sabe cómo funciona la vida hoy en día.

Marina se quedó anonadada cuando, de pronto, él se aproximó a ella y le tomó las manos. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad. Sus labios se entreabrieron.

Estaba realmente avergonzada, consciente de que el chófer podía oírlos y verlos por el retrovisor.

- Por favor, dime lo que te ha contado - le suplicó -. No, no hace falta que me lo digas, puedo imaginármelo. Nunca he podido ocultarle nada.

- ¿Ocultar...? - lo miró fijamente, totalmente poseída por su aroma. Algo dentro de ella gritaba que lo necesitaba, algo incontrolable y animal. Sin darse cuenta, se encontró a sí misma inclinándose sobre James, acercándose cada vez más y más.

Los labios de él se fueron aproximando lentamente a los de ella.

- ¡No! - dijo ella.

Él cerró los ojos un momento. Al abrirlos, suspiro y se colocó las

manos en el regazo.

- Te pido disculpas, Marina. Me he dejado llevar. No era mi intención, te lo aseguro. Pero eres una mujer increíblemente hermosa y tremendamente deseable. Sé que no debería pensar esas cosas de ti, puesto que te vas a casar dentro de poco.

- No, no me voy a casar - dijo ella.

Él la miró.

- ¿Cómo?

- No, no me voy a casar - le confesó ella -. Antes de venir aquí ya tenía muchas dudas. El viaje me ha ayudado a aclarar mis ideas. Ya sé que no puedo seguir adelante con la boda.

Él la miró horrorizado.

- Espero que no sea por mi culpa - dijo él perturbado.

Ella no respondió de inmediato. Sus palabras habían sido demasiado dolorosas. Henry tenía razón. Ella solo podía ser una amante pasajera para James. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Él tomó su barbilla entre los dedos y ella se estremeció por el agónico placer que su tacto le provocaba.

«Tócame», pensó ella. «Bésame y hazme tuya. Me da igual que me quieras o no...»

- Dios santo - susurró él y retiró la mano. Momentos después, se la pasó por el pelo con desesperación.

- Mi decisión no tiene nada que ver contigo - mintió ella, con la esperanza de que William estuviera tan concentrado en la carretera que no se percatara de la conversación -. Lo único que tú has hecho es mostrarme el tipo de hombre con el que a mí me gustaría casarme. Como ya te he dicho, antes de venir, tenía serias dudas de querer seguir adelante con el compromiso. No te puedo negar que me siento atraída por ti. Eres un hombre muy guapo y realmente encantador, James, y supongo que lo sabes. Henry se dio cuenta de que existía esa atracción entre nosotros y se ha preocupado. Pero la atracción se puede quedar solo en eso. Podemos ser amigos, sin más.

- No, si miras como me has mirado hace un momento.

Ella tragó saliva.

- Me estabas tocando, por eso he reaccionado así. Pero si me das tu palabra de caballero de que no me vas a volver a tocar, yo prometo comportarme bien.

- Casi te diría que me gustaría pensar que no puedes cumplir tu promesa.

- No lo dices de verdad.

- No, supongo que no.

- Y creo que no es buena idea que vaya a la mansión de Winterborne.

- Tal vez no lo sea.

- Ahora, me gustaría poner toda mi energía en la razón que me trajo hasta aquí en primer término - dijo ella al ver el hospital -. Parece ser que ya hemos llegado y debo reconocer que estoy bastante nerviosa.

Él la miró como arrepentido por algo.

- Soy un egoísta - murmuró -. Claro que debes estar nerviosa, igual que Rebecca. Y, sin embargo, aquí estoy yo, consumido por mis propias necesidades triviales. Te pido disculpas, Marina.

- No hay nada que disculpar. Las cosas ocurren así a veces, sin una lógica o motivo aparente.

- ¿Tú crees? No lo sé. Yo tengo la sensación de que el destino está escrito.

James se inclinó y llamó a William dándole unos golpecitos en el hombro.

- ¿Sí, señor?

- Por favor, déjanos a la entrada, William y, después, ve a aparcar. Me voy a quedar un rato aquí. Espérame en el recibidor si quieres.

- Muy bien, señor - si William había oído algo de lo que se había dicho en aquel coche, no dio indicación alguna de que así hubiera sido.

Marina salió del coche y James agarró del maletero la bolsa que ella llevaba para su estancia en el hospital.

James se unió a ella en la puerta y la tomó del codo. Ella le lanzó una mirada de aviso. Él hizo un gesto de impaciencia, pero apartó la mano.

- Esto es ridículo - murmuró él.

- Puede, pero es así como van a ser las cosas - dijo ella.

- Eres muy dura.

- No, no lo soy. Me da la sensación de que no estás acostumbrado a que las mujeres te digan que no. Pero no es usted tan irresistible, señor conde.

- ¡No! ¡No podemos volver a eso de «señor conde»!

- Sí, sí que podemos.

Él juró entre dientes y ella sonrió. Se sentía satisfecha de haber tomado las riendas.

Y no estaba dispuesta a escuchar esa voz interior que le decía que podía tener a aquel hombre cuando quisiera. Que podía ir a Winterborne, pasar la noche en su habitación y, después, volver a

Sydney, mientras que la señorita Tiffany Ravensbrook estaba en Italia.

Capítulo 7

LO PRIMERO que Marina vio al entrar en la habitación de la pequeña Rebecca fue a la mujer que estaba sentada junto a ella.

Era la criatura más hermosa que Marina había visto en su vida. No simplemente atractiva, sino realmente bella.

Tenía el pelo rubio, hasta los hombros y la piel de porcelana, un perfil perfecto, los labios gruesos y sugerentes y un cuerpo delgado y frágil.

Marina supo de inmediato de quién se trataba.

La mujer alzó la vista al ver que se aproximaban, y sus ojos resultaron tan bonitos como todo lo demás.

Pero fue la niña que estaba en la cama la que habló primero.

- ¡Tío James! Mira, es el tío James, Tiffany, y se ha traído a mi Marina con él.

Marina se quedó sorprendida del posesivo que había usado, y se sintió secretamente halagada. No había recapacitado sobre ello, pero al oír el comentario de la pequeña, se dio cuenta de que iban a tener una estrecha vinculación de por vida.

Marina se acercó a la pequeña y le tendió las manos. Aún sin quererlo, no podía dejar de ser consciente de que la otra mujer se había levantado y se había aproximado a James. Estaban susurrándose algo el uno al otro. Hizo un gran esfuerzo por ignorar los celos que sentía y centró toda su atención en la niña.

- ¡Tío James, es muy guapa! - dijo Rebecca -. Y tiene pelo del mismo color que el mío... bueno, cuando tengo pelo...

- Muy pronto tendrás pelo otra vez - le dijo Marina y tomó la mano de la niña en la suya -. Dentro de muy poco, te vas a sentir muy bien.

- Sí, lo sé. El tío me ha dicho por teléfono que vamos a hacer lo de la operación mañana mismo. ¡No puedo esperar!

- Yo tampoco.

- Los médicos dicen que no nos harán daño. A mí me van a dormir del todo, pero tú puedes decidir si prefieres anestesia total o parcial. Yo creo que deberías decidirte por que te duerman del todo - le aconsejó la pequeña -. Así no tendrás que preocuparse de si duele o no.

A Marina le conmovió oír a aquella pequeña adulta de siete años dándole ánimos y aconsejándola. Estaba claro que la enfermedad y el dolor hacían que los niños maduraran más deprisa.

- Yo creo que voy a ser un poco cobarde y voy pedir que me

duerman del todo - le dijo en tono de confidencia -. Yo no soy tan valiente como tú.

- ¡Has oído, tío James! Piensa que soy valiente - la niña se rió -. Pero si me pongo a llorar cada vez que me ponen una inyección.

- ¡Pues claro, eso es perfectamente normal! - dijo Marina -. ¡Yo tiemblo solo de pensarlo!

Rebecca se carcajeó.

- ¡Eres muy divertida y, además, hablas de un modo muy gracioso!

Estaba claro que se refería a ese acento australiano que ni las clases de dicción de su madre le habían logrado quitar del todo. ¡Y ella que creía tener un perfecto acento británico!

- ¡Me encantas! - dijo la niña -. Eres fantástica, ¿verdad tío James?

La entrada de la enfermera salvó a James de tener que responder a tan comprometida pregunta.

Por desgracia para Marina, llegó el momento de enfrentarse cara a cara con la futura esposa de James. Se levantó y se acercó a ellos.

Al mirarla por segunda vez, le pareció aún más hermosa que al principio. Iba vestida con unos pantalones color crema y un jersey del mismo tono, un atuendo sencillo que demostraba que el estilo no se podía comprar, sino que se llevaba dentro. Tenía una elegancia innata y natural. Era toda una dama.

- Me alegro mucho de que haya surgido esta oportunidad de conocemos - dijo Tiffany -. Lo que vas a hacer por Rebecca es maravilloso. Ojalá pudiera quedarme aquí a su lado, pero salgo para Italia esta misma tarde. De hecho, me voy a tener que marchar enseguida. James, insisto en que no hace falta que me acompañes. Voy a tomar un taxi. Me voy a Roma a la boda de una prima - le explicó a Marina con la más dulce de las sonrisas.

Marina sonrió también, pero se sentía falsa y consumida por el resentimiento. ¿Por qué era tan encantadora? ¿No podía haber sido una esnob repugnante y detestable?

- No quiero ir, esa es la verdad, pero no tengo más remedio. Además tengo que estar allí varios días antes de la boda, porque me están haciendo el traje de dama de honor. ¡Y el vestido va a ser de color morado! Voy a parecer un adefesio.

- Estarás preciosa, seguro - dijo James.

Tiffany lo miró con tanto amor, que Marina quiso gritar. Se volvió hacia James y vio en sus ojos algo mucho más profundo que el mero afecto. Sin duda, la amaba también.

Hacían una maravillosa pareja y, estaba claro que Tiffany era la

mujer perfecta para convertirse en la condesa de Winterborne.

- Estoy de acuerdo - dijo Marina, para ocultar su desconcierto -. Con tu pelo y tu piel, cualquier cosa te quedará bien. A mí sí que me quedaría francamente mal el morado. ¡Y no quiero ni pensar lo que ocurriría si tuviera que vestirme de rojo!

Tiffany se rió con delicadeza. Todo en ella era perfección. ¿Por qué tenía una dentadura tan blanca y tan perfecta? . Ella había tenido que sufrir durante años la tortura de un aparato para corregir sus dientes.

Podía admirar la perfección física en James, pero no podía hacer lo mismo con aquella mujer que iba a convertirse en su esposa. No comprendía cómo podía ser que no se hubiera dejado tocar aún por él.

¿Acaso seria todavía virgen? No podía ser que a los veintiún años no hubiera tenido aún relación alguna con un hombre.

Pero cuanto más la miraba, más se convencía de que a aquella mujer no la había tocado jamás un hombre.

De hecho, el modo en que trataba a James era más como si se fuera un hermano que su futuro marido. ¿A qué esperaba James para llevársela a la cama? ¿Pensaba sellar antes su compromiso? No podía ser que pretendiera aguardar hasta la boda. Eso era antinatural.

Si ella hubiera estado comprometida con el conde no...

«Pero no estás comprometida con él», le dijo una de sus voces interiores. «Si Tiffany es o no virgen, no es asunto tuyo. Lo mismo se aplica a la vida sexual del conde. ¿O es que estás pensando en consolarlo mientras la princesa de hielo está en Italia?»

- ¡Mira, tío James! - irrumpió Rebecca en sus sueños -. Marina también está soñando despierta, como hago yo.

Marina se recompuso a toda prisa y sonrió.

- No hay nada de malo en soñar despierta. Yo me lo paso estupendamente.

- Yo también - respondió la niña -. Muchas veces sueño que, cuando crezca, seré tan guapa como tú, con el pelo como el tuyo, y que nunca más volveré a estar enferma. Me casaré con un hombre maravilloso como mi tío James y tendré muchos niños. No me gusta ser yo sola.

El comentario de Rebecca la conmovió. Ella había tenido muchas veces aquellos mismos sueños.

- Bueno, también tiene sus ventajas lo de ser hija única. Eso desarrolla tu imaginación y te hace más independiente y fuerte.

- El tío James dice que yo soy muy fuerte.

- Bueno, ahora despídete de Tiffany, que se tiene que marchar - dijo el tío.

- ¿Por qué se tiene que ir? - dijo Rebecca en un tono llorón que, por primera vez, la hizo parecer realmente una niña de siete años -. No ha terminado de leerme el cuento.

- Yo te lo leeré - dijo Marina.

- ¡Bien! Entonces ya te puedes ir, Tiffany.

Tiffany se rió.

- ¡Esa es la lealtad de los Winterborne! Bueno, a pesar de todo, te traeré un regalo de Italia.

- ¿Y a mí también? - preguntó James, con un mirada intensa y oscura.

Tiffany se rió, sin percatarse del doble sentido que había en su insinuación.

- ¿Qué puedo comprarte que no tengas? - dijo ella.

- Hay ciertas cosas que se regalan y que no hace falta comprar - dijo él.

Ella lo miró completamente en blanco.

- Lo mejor será que te vayas - dijo él con reticencia.

- Sí, será lo mejor. El lunes próximo estaré de vuelta.

- Iré a buscarte al aeropuerto.

- Me malcrías, James - le dijo ella con una sonrisa y se dirigió a Marina -. Seguramente no volveremos a vemos, lo que es una pena. Me habría gustado haber escuchado historias sobre Australia. Es una tierra que me resulta realmente atractiva.

- Seguro que tendrás la oportunidad de ir.

Marina habría preferido que no le hubiera caído tan bien aquella mujer, pues eso hacía que se sintiera realmente culpable de desear a su futuro esposo. Además, estaba secretamente ansiosa de que se marchara. Tiffany se despidió de todos y se marchó. James la siguió con la mirada y una oscura sombra en los ojos.

- ¿Vas a terminar de leerme el cuento ahora, Marina? - preguntó Rebecca en cuanto se fue Tiffany.

- Sí, claro que sí - respondió Marina y agarró el libro.

- No canses a Marina, cariño - le dijo James -. El médico os quiere a las dos en forma a primera hora de la mañana.

Marina sintió un nudo en el estómago al pensar en el día siguiente. Esperaba sinceramente que todo saliera bien, pues no quería irse a casa con el corazón partido y habiendo fracasado en su cometido.

Capítulo 8

LA OPERACIÓN de transplante de médula fue un éxito.

Marina pudo salir del hospital al día siguiente de la intervención y los médicos parecían muy optimistas respecto a las posibilidades de Rebecca.

Aunque era demasiado pronto para que hubiera habido rechazo, tenían muchas esperanzas, dado que la médula de Marina era perfectamente compatible con la de Rebecca.

Después de que los médicos le explicaran con detenimiento la importancia y la dificultad de haber dado con alguien así, le pidieron permiso para que los medios de comunicación publicaran su historia, y así animar a otros donantes.

Le preguntó a James su opinión y él, aunque no parecía especialmente feliz con la idea, aceptó con la condición de que ninguna cámara sacara a la niña.

Un reportero entrevistó a Marina y, la mañana en que ella tenía que salir del hospital, la noticia apareció en varios periódicos.

Al regresar al apartamento de James, cámaras y reporteros se agolpaban en la puerta.

El conde les imprecó sin pudor, exasperado por la falta de respeto que habían mostrado. Marina había accedido sólo a una entrevista y había pedido explícitamente que, después, la dejaran tranquila.

Si los reporteros pensaban seguir persiguiéndola, acabaría tomando un avión antes de lo previsto.

- ¡No vas a hacer nada de eso! - le dijo él con una mirada furiosa.

Pero sus ojos se encontraron durante demasiado tiempo.

Desde que había ido a recogerla del hospital, y a pesar de la intromisión de la prensa, su atención había estado centrada en el conde. Tenía que reconocer que la atracción que sentía por él, lejos de haber remitido, se había intensificado.

- Te vas a quedar toda la semana - le ordenó furioso -. Y tendrás que dejarme que te lleve al teatro.

- Ni hablar.

Estaban en el recibidor, uno frente al otro, al pie de la escalera.

- Si no me dejas que te lleve al teatro, te besaré aquí y ahora.

Ella lo miró sin decir nada, temerosa de que cumpliera su palabra, pero horrorizada de que no lo hiciera.

- ¿Me has oído, Marina ?

Ella apretó la mandíbula y rezó por la salvación de su alma.

- Sí, señor conde.

Él la agarró de los hombros y la apretó contra su cuerpo.

- James. Tienes que llamarme James o te aseguro que haré mucho más que besarte.

- James - susurró ella con la voz temblorosa.

Ella vio en sus ojos la batalla que él libraba contra el deseo que lo impulsaba a dejarse llevar, a dar rienda suelta a su pasión.

El sonido de unos pasos en la escalera hizo que James se apartara de ella a toda prisa.

Marina hizo lo imposible por controlar el arrebato de risa histérica que amenazaba con salir de un momento a otro.

- ¡Esto es terrible ! - dijo Henry nada más entrar y, por un momento, ambos pensaron que se refería a ellos. Por suerte, no era así -. He intentado librarme de ellos, pero es completamente imposible, señor. Hacen caso omiso de mí - se volvió hacia Marina con una sonrisa -. ¿Cómo se siente, señorita? El señor me ha dicho que la intervención ha sido un éxito.

- Los médicos son realmente optimistas, Henry, y yo me siento muy bien. Solo tengo una ligerísima molestia en la cadera, eso es todo. Nada que no pueda remediar una aspirina y un té de esos que tú preparas.

- Te dejo en manos de Henry - dijo James bruscamente -. William está fuera esperando para llevarme al banco. Le diré a mi secretaria que haga una reserva para ir al teatro el viernes.

- De acuerdo - dijo ella.

Él asintió y se marchó a toda prisa. Marina se quedó mirando el vacío que había dejado.

Al volverse hacia Henry, notó cierta crítica en su mirada.

- No empieces otra vez, por favor, Henry - le dijo ella -. Y deja de preocuparse. Me marcharé muy pronto y tu preciado señor estará fuera de peligro.

Ella se dispuso a marchar, pero él la sujetó con una mano suave y firme al mismo tiempo.

- No es el señor el que me preocupa ahora, sino usted. No me gustaría ver a alguien tan adorable sufrir realmente. El señor conde es un buen hombre, pero le es difícil vencer a la tentación cuando tiene delante a alguien tan deseable como usted.

La simpatía y la amabilidad de aquel hombre eran lo último que ella necesitaba en aquel momento.

- ¡Oh, Henry! - las lágrimas volvieron a fluir y ella apoyó la cabeza en el pecho del mayordomo.

Durante un segundo él se quedó rígido, pero pronto la rodeó con sus brazos.

- Tranquila, señorita Marina, tranquila. No es para tanto, seguro que no.

- Si que lo es - dijo ella -. Lo amo, Henry. Lo amo de verdad.

Él se quedó helado.

- No diga eso, no puede ser, señorita Marina. No piense en eso.

- No puedo evitar pensarlo - le dijo -. James es lo único en lo que puedo pensar últimamente.

- Eso mismo le sucede a él - dijo el hombre -. Pero no es amor lo que el conde siente, sino deseo. Son sus hormonas las que lo están confundiendo.

- ¡Yo también tengo hormonas! - dijo Marina.

- ¡Señorita Marina!

Henry la apartó rápidamente, escandalizado por lo que acababa de oír.

Henry era un hombre de otro tiempo, de una época en la que se pensaba que el sexo era algo puramente masculino.

- Siento escandalizarte, Henry - dijo Marina -. Pero no es solo Henry el que piensa en sexo. Te sorprenderías si supieras hasta qué punto las mujeres también piensan en el sexo. Pero no te preocupes por que James me lleve al teatro. Es mucho mejor que estemos en un lugar público que aquí en la casa, aunque durmamos en habitaciones distintas. Por si te sirve de algo, te diré que conocí a la señorita Tiffany en el hospital el lunes y que, realmente, me ha parecido encantadora. Te aseguro que no haría nada para hacerle daño, aun cuando piense que no es la mujer adecuada para James. Es demasiado joven, demasiado infantil y demasiado dulce. James tiene demasiada energía contenida.

Henry frunció el ceño. Lo quisiera o no, tenía que reconocer que lo que ella decía no carecía de sentido.

- ¿No piensa que pueden ser felices juntos?

- No. Aparentemente, son una pareja perfecta, pero, ¿funcionará en la cama? Un hombre como James no se quedará nunca satisfecho con una chica que se deja hacer. En el pasado, las mujeres admitían en silencio el que sus maridos se fueran con otras, pero hoy en día es diferente. Dadas las circunstancias, Henry, le sugeriría que empezara a preocuparse por la próxima mujer que se cruce en la vida del conde, no por mí. Al fin y al cabo, yo, dentro de muy poco, estaré lejos, muy lejos. No soy ninguna amenaza, aun cuando he decidido romper mi compromiso, porque sé que mi matrimonio sería un desastre similar.

Se quitó el anillo de compromiso y lo apretó en la mano.

Acto seguido, se dirigió a las escaleras.

A pesar de sus deseos y de una lejana y leve esperanza, ella sabía que Henry tenía razón en una cosa: James no la amaba, solo la deseaba.

Eso significaba que, en cuanto se marchara, no volvería a pensar en ella jamás. Continuaría con su vida, con su matrimonio y, si no eran felices, no tendría nada que ver con aquella profesora australiana que vivía en Sydney.

Capítulo 9

JAMES fue a buscarla en una limusina blanca, de cristales oscuros, cuyo compartimento estaba completamente aislado de la cabina del conductor.

El conde les había dado la noche libre a William y al Bentley.

James la miró de arriba abajo.

- Estás guapísima - le dijo él.

Marina llevaba el pelo recogido y se había puesto un vestido negro, el único realmente caro de su guardarropa. Mientras lo metía en la maleta, no se había imaginado ni por un momento que se lo pondría para un hombre. Pues bien, se lo había puesto para James.

Era de seda, una seda muy fina que se ajustaba a su cuerpo, dejando muy claro que no llevaba sujetador, pues sus senos turgentes y sus pezones pujantes se adivinaban seductores bajo el tejido.

- Gracias - respondió ella con frialdad, sentada al otro extremo del vehículo.

Él estaba arrebatador, con un esmoquin negro que le daba un aire aún más aristocrático.

Pero, aristócrata o no, era incapaz de apartar sus ojos de ella.

Marina se dio cuenta de que estaba castigándolo por no amarla, pero sí querer acostarse con ella. Trataba de hacerlo sufrir.

Y lo estaba consiguiendo, no cabía duda.

- Henry me ha dicho que has llamado a casa hoy - dijo él.

- Sí, así es - respondió escuetamente ella.

Shane no se había molestado ni en preguntar cómo había ido la operación. Solo quería saber cuándo regresaba y si les estaba costando dinero todo aquello. Además, al fondo, había oído la risa de una chica que sospechaba era Heather, una muchacha de veinte años que lo ayudaba con los caballos los fines de semana. La respuesta a qué estaría haciendo allí Heather sin ser fin de semana se le antojaba bastante desagradable.

- ¿Le has dicho que no te vas a casar con él?

- No.

- ¿Por qué?

- Porque todavía puedo cambiar de opinión. No veo por qué los seres vulgares no podemos actuar como los de tu clase y casarnos según los dictados de la cabeza y no los del corazón. Al fin y al cabo, Shane es muy bueno para el negocio que he heredado de mi madre y es un gran jinete, en todos los sentidos de la palabra.

- No me hagas esto - dijo James -. Por favor, Marina, no.

Se sintió avergonzada por lo que acababa de decir, pero su orgullo no le permitió retirarlo.

- ¿Que no te haga qué?

- Que no me tortures - le rogó él.

- ¿Y qué me has estado haciendo tú a mí estos dos días? - lo retó ella -. Me has estado evitando como si fuera la peste. Ni siquiera viniste a cenar anoche. Y, de repente, hoy apareces como un príncipe montado en un carruaje blanco y tratas de seducirme con cumplidos extravagantes.

- No son cumplidos, es la verdad. Estás realmente arrebatadora esta noche. Sólo me he mantenido apartado porque no soportaba tenerte a mi lado todo el tiempo. Pero no he podido resistir a la tentación de hacer esto esta noche.

- ¿El qué, tratar de seducirme?

Él la miró indignado.

- Yo también podría acusarte a ti de intentar seducirme poniéndote ese vestido. A pesar de todo, yo reconozco tu derecho a vestirte como quieras, como yo lo tengo a que me afecte.

Ella soltó una carcajada irónica.

- Esa sí que es una excusa patética, James. ¿Por qué no me dices, de verdad, lo que tenías en la cabeza antes de verme así vestida?

Él la miró fijamente, con rabia contenida.

- No tenía nada en mente. Ya me he resignado a que tengo que comportarme como un caballero.

Ella se rió incrédula.

- Claro, por eso te has tomado tantas molestias - agitó la mano para señalar a la limusina -. Hasta un ciego se daría cuenta de cuáles son tus intenciones al alquilar una cosa como esta. ¿Haces esto siempre que vas a llevar a una chica al teatro?

- No he sido yo el que ha pedido este coche, ha sido Henry.

- Sí, claro.

- Era o esto o un taxi. William ha llevado el Bentley a revisión y no iba a estar listo a tiempo. Estás muy equivocada respecto a mis intenciones, Marina. Y, por favor, ahora déjalo ya. No puedo soportar nada más esta noche.

Por un momento, Marina se sintió culpable. Aquella había sido una semana realmente dura para él, preocupado por Rebecca, a pesar de que la niña cada vez iba mejor y que las pruebas sanguíneas eran más que esperanzadoras.

- Bien, si estoy equivocada respecto a tus intenciones, entonces tienes que ser sincero conmigo - le pidió ella -. Dime qué es lo que

sientes por Tiffany y qué es lo que sientes por mí.

El cerró los ojos y agitó la cabeza.

- Dios santo, estás dispuesta a no darme paz esta noche, ¿verdad? - abrió los ojos y la miró lleno de frustración -. A Tiffany le tengo cariño, mucho cariño. La conozco desde hace muchos años y nos llevamos muy bien. La única razón por la que no me he acostado con ella es porque quiere llegar virgen al matrimonio. Ha sido educada a la antigua. Por razones muy complicadas de explicar, me sentiría obligado a casarme con ella aunque no quisiera hacerlo. Tengo que admitir que estoy teniendo muchos problemas con el celibato, pero me he prometido a mí mismo mantenerme firme y ser fiel y estoy dispuesto a cumplirlo. Solo que estoy pasando por un auténtico infierno por causa de una chica australiana, cuyo carácter y cuya belleza admiro y codicio como nunca antes había codiciado nada.

Él la miró como si todo aquello fuera culpa suya.

- Me he tratado de autoconvencer de que podré resistirme a ti hasta que te marcharas de Inglaterra. Creo que lo habría logrado, si no hubiera recibido una llamada de Tiffany hoy.

Marina sintió que el corazón le daba un vuelco.

- ¿Qué te ha dicho?

- Que quiere esperar un poco antes de comprometemos. Que se considera demasiado joven para casarse y que necesita tiempo y cierta distancia.

Marina se quedó anonadada. La chica que había visto en el hospital estaba, aparentemente, completamente enamorada de aquel hombre.

- ¿Qué le has dicho tú?

- Le he dicho que hacía bien si no estaba segura.

Por supuesto, él no le había dicho nada de sus propias dudas. Lo cual le dejaba una puerta abierta a casarse con ella si, finalmente, decidía que le convenía.

- ¡Una situación perfecta para ti!

James la miró con rabia.

- ¡No hay nada de perfecto en esta situación y menos lo que siento por ti! - antes de que ella pudiera protestar, él continuó -. Nunca me he enamorado, en mi vida, al menos no de verdad. No sé si lo que siento por ti es amor. Lo único que sé es que esto es diferente y que me obsesiona. Mi deseo por ti me domina por completo y no puedo pensar en nada más que en tocarte, en besarte y en hacerte el amor.

Le tomó una mano y se la llevó hasta los labios. Giró para

exponer la palma y deslizó la lengua seductoramente por ella, luego siguió hasta el codo.

Marina se estremeció, poseída por el embrujo de su magia sensual.

Jamás se había podido imaginar que un brazo pudiera tener tantas zonas erógenas. Sus pechos se contrajeron al sentir que su boca se aproximaba a ellos.

El corazón comenzó a latirle a toda prisa y sus labios se entreabrieron.

Cuando él levantó la cabeza, sus miradas se encontraron. James alzó la mano y le desabrochó el cuello del vestido. Lentamente, la despojó de la parte superior, dejando al descubierto sus senos excitados.

Él descendió la mirada y los miró directamente.

- Que Dios me perdone - dijo, - más como una expresión de resolución que como una súplica.

El primer contacto de sus manos y sus labios sobre la piel desnuda la dejó sin aliento. Contuvo la respiración durante varios agónicos segundos, incapaz de soportar tanto placer.

No se había preparado para aquello, para una sensación tan intensa. Ni siquiera con Shane había logrado cotas tan altas de delirio. Aquello era cielo e infierno juntos, alegría y tristeza, agonía y éxtasis, el más dulce de los placeres y el más cruel de los dolores.

Aquel hombre adoraba su cuerpo, aunque, probablemente, no la amaba. No, no la amaba. Y sabía que aquello no sería más que una pasión pasajera, como tantas pasiones que habría compartido con muchas otras mujeres. Porque su corazón pertenecía solo a Tiffany, la dulce e inocente Tiffany.

Pero con quien quería hacer el amor en aquel momento era con ella, con Marina. Y ella quería lo mismo. ¡Lo deseaba tanto!

Ella perdió toda reticencia y se dejó llevar, tumbándose en el asiento. Gimió de placer mientras él le acariciaba los pezones con la lengua.

Quería que la desnudara y habría hecho cualquier cosa que le hubiera pedido.

Así que estaba totalmente entregada cuando él se levantó de golpe y, con prisa, le abrochó el vestido.

Ella lo miró desconcertada, sin comprender qué estaba pasando. ¿Por qué habría parado? ¿Se lo había pensado dos veces o, sencillamente, no la deseaba ya?.

- Perdóname - le dijo, y le colocó cuidadosamente un mechón de pelo detrás de la oreja -. Sé cómo debes sentirte. Pero estamos

llegando al teatro.

Marina lo miró perpleja. ¿Cómo se había dado cuenta de eso? ¿Es que lo tenía todo medido y premeditado, sabía cómo dejar a su víctima preparada para el segundo acto?

- No me mires así - protestó él -. He dicho que lo siento.

Se inclinó a besarla, pero fue un beso de reconciliación. ¿Dónde estaba la pasión? Mientras ella se sentía poseída por un deseo incontrolable, él parecía estar totalmente bajo control.

«Marina, Marina, eres una necia. Este hombre es un maestro en el juego de la seducción, ya te lo advirtió Henry», se dijo. «Tienes que dejar de jugar con fuego». ,

- No creo que realmente lo sientas. Lo que creo es que tú has planeado todo esto.

- No he planeado nada. Te di mi palabra de caballero de que no sucedería nada.

- Pues tienes una extraña idea de lo que significa ser un caballero. ¿O es que, sencillamente, no me consideras una dama?

Sus ojos se clavaron con intensidad en los de ella.

- Lo que acaba de suceder no tiene nada que ver con ser un caballero y una dama, sino con ser un hombre y una mujer. Si hubiera planeado esto, ¿piensas que realmente te llevaría al teatro? Lo que habría hecho habría sido decirle al chófer que diera vueltas sin parar por todo Londres. Me estoy dando cuenta de que no puedo ganar, haga lo que haga. Esta situación es realmente complicada y creo que, a los dos, se nos escapa de la mano. La única conclusión a la que yo he podido llegar es que lo que tenga que ser, será.

- Pues para mí no será nada que yo no elija. Lo único que sé es que el domingo estaré de camino a Sydney y, una vez allí, no volveré a acordarme de ti.

- Piensas que puedes luchar contra el destino, Marina, pero estás muy equivocada.

Las imágenes de la escena que habían protagonizado solo momentos antes le daban la razón. Pero no estaba dispuesta a admitirlo.

- No quiero que me vuelvas a tocar en este maldito coche. Quiero que te deshagas de él y me lleves a casa en un taxi. Dame tu palabra de que así será.

Él la miró durante un largo y tenso minuto. Luego, apartó la cabeza y alzó la barbilla, orgulloso.

- De acuerdo.

El coche se detuvo ante el teatro y se abrió la puerta. Las luces, la gente invadieron el íntimo espacio y Marina gritó en silencio, con

desesperación. Quería que se la llevara de allí, que la tomara en sus brazos y le hiciera el amor, que no la torturara con aquel deseo que la mortificaba.

Pero él no escuchó su tácita súplica. La hizo sentarse junto a él en la butaca de aquel teatro londinense y ni siquiera le agarró la mano.

Se sentía realmente mal cuando llegaron al apartamento. Estaba a punto de humillarse rogándole que la llevara a su dormitorio, cuando apareció Henry.

- Buenas noches, señor, señorita Marina - dijo el mayordomo -. Espero que hayan disfrutado de la obra.

¿La obra? Marina no habla oído ni una sola palabra de lo que habían dicho en dos horas. Ni siquiera sabía si había sido una comedia o un drama.

- Ha sido magnífica - respondió ella con una entereza que para nada sentía.

El mayordomo sonrió.

- No hay nada como una noche en el teatro. Señor, le pido disculpas por lo de la limusina, pero no había otro vehículo disponible. Me han dicho que el coche estará listo mañana.

- ¿Mañana? ¿Qué sucede mañana?

El mayordomo sonrió.

- Llamaron del hospital poco después de que se fueran. La señorita Rebecca puede pasar el fin de semana en casa.

- ¡Eso es fabuloso! - exclamó James.

- Sí, lo es, señor. He hablado con la niña y está realmente feliz. Quiere ir a la mansión de los Winterborne.

- ¡Por supuesto, si eso es lo que ella quiere!

- Y… ha pedido, explícitamente, que vaya la señorita Marina también.

A Marina se le encogió el estómago.

- No puede ser - dijo James -. Tiene que tomar un avión el domingo.

Henry lo miró como si tratara de pedirle disculpas por lo que estaba a punto de decir.

- Me he tomado la libertad de llamar a las líneas aéreas y cambiar el billete para el lunes, señor.

James no pudo ocultar su exasperación.

- Eso está muy bien, Henry, pero creo que la señorita Marina está ansiosa de volver a Sydney con su prometido.

Marina sonrió para sí y decidió desafiarlo.

- Estaré encantada de ir a Winterborne si eso es lo que quiere

Rebecca - dijo ella -. Has hecho lo correcto, Henry. Mi prometido puede pasar una noche más sin mí.

Miró a James y éste comprendió de inmediato lo que le estaba queriendo decir. Estaba dispuesta a darle una noche, una única noche.

Seguramente, James se debatía entre cumplir con aquella promesa que se había hecho a sí mismo o sucumbir a la tentación.

- Es decisión tuya - le dijo lentamente.

- Sí, así es, y ya está tomada - respondió ella.

- Como tú quieras.

Ella se dio cuenta de que James trataba de encontrar una lógica a aquella repentina decisión. Pero no era consciente de que ella realmente lo amaba como no había amado nunca, y que, de no poderse casar con él, permanecería soltera hasta el final de sus días.

Horas más tarde, tendida en la cama, pensaba en que, al fin, el destino la habría de llevar hasta el final del camino que tan cuidadosamente había estado trazando para ella.

Al día siguiente, se acostaría con James.

Miró el reloj que había en la mesilla. Eran las tres. ¿Es que acaso no iba a poder dormir en toda la noche?

Sonrió secretamente. No, no había descanso para los malvados.

Capítulo 10

ME VOY a casa, me voy a casa!

Rebecca daba botes en el asiento del Bentley, entre Marina y James.

- Por favor, estate quieta, Rebecca - le dijo James en tono cortante.

Rebecca hizo una mueca.

- El tío James solo me llama Rebecca cuando está de mal humor.

James suspiró.

- No estoy de malhumor, sencillamente estoy cansado. Marina y yo salimos anoche y, cuando me acosté, no me podía dormir.

- Yo tampoco he dormido mucho - dijo Rebecca y comenzó a saltar en el asiento otra vez -. ¡Estaba muy nerviosa de pensar en lo que iba a ser este fin de semana!

- Sí, claro. Yo también estaba muy nervioso por lo mismo - miró a Marina de reojo.

- ¡Mira, tío James, caballos! ¿Podré ir a ver a los caballos cuando lleguemos a casa?

- Sí, cariño, lo que tú quieras. Ven, siéntate encima de mí un momento para que puedas verlos.

La niña pegó la nariz al cristal.

- ¿Tú también tienes caballos? - le preguntó Marina.

- Sí, los heredé de mi hermano, que estaba loco por los caballos y las apuestas. Pero son yeguas de cría, no sirven para montar. La mujer de Laurence, Joy, era una apasionada de los saltos, por lo que llegaron a tener todo un establo de caballos de competición. Los vendí, porque me costaba mucho mantenerlos y no tenían utilidad. Solo me quedé con las yeguas, pues mi capataz me dijo que podría sacar una fortuna de ellas. Y, gracias a Dios, tenía razón.

- ¿Por qué dices gracias a Dios?

- Por que mi hermano había conseguido acabar con toda la herencia familiar, había hipotecado nuestras posesiones, vendido varias obras de arte y muchas antigüedades.

Marina miró el paisaje que pasaba ante ella. No se parecía a nada que hubiera podido ver en Australia. El clima húmedo y frío hacía de Inglaterra un lugar verde y lleno de pastos.

- ¿Quieres que paremos en Stonehenge? - le preguntó James, refiriéndose al monumento prehistórico.

- No, gracias. Estuve allí la otra vez que estuve en Inglaterra, pero, sinceramente, me decepcionó. Quizás si puedes andar solo

entre las piedras bajo la luz de la luna, aquello tenga algún sentido. Pero verlo a la luz del día detrás de una cuerda con miles de turistas no me impresionó.

James se rió.

- Algo me dice que no eres una buena turista.

- Pues creo que tienes razón. Es por eso que creo que mi viaje aquí fue el primero y el último como turista.

- ¿No has viajado a ningún otro lugar?

- Solo dentro de Australia. He estado en Tasmania, por ejemplo.

- ¿No has estado en París, ni en Roma?

- No, y no creo que me interesara, a menos que volara en primera clase y pudiera ir a un gran hotel. Para mí la época de ir de trotamundos ya ha pasado.

- Lo tendré en cuenta.

Marina se preguntó qué había querido decir con eso. ¿Acaso estaba pensando en tenerla como una amante cara, a la que seducir con viajes a Roma y a París, cuando lo que realmente quería era visitar la habitación de los hoteles de esos lugares?

Aquella idea le provocó una rebelión interior y se dijo a si misma que no tenía por qué acostarse con él.

Pero la realidad era que no lo hacía por James, sino por ella, pues su deseo era tal, que no podía ni conciliar el sueño.

Se preguntó si James sentiría lo mismo, y se volvió a mirarlo.

Estaba realmente atractivo, vestido con unos pantalones grises, un jersey de rayas azules y grises y unos mocasines azules.

Marina se había decidido por unos pantalones negros y un jersey de cachemira de color crema que había echado a la maleta en el último momento.

Rebecca quiso ponerse un pantalón de peto, una camiseta blanca y una gorra, pues se negaba vestir como una niña hasta que no tuviera pelo.

Marina, que estaba observando la dulzura y felicidad de la pequeña Rebecca, alzó el rostro y se encontró con los ojos de James. Por un momento, se creó una insufrible tensión, pero, entonces, él sonrió y, durante un instante, Marina se sintió reconfortada. Parecían un familia: marido, mujer e hija, que salían a pasear al campo.

Su corazón estaba inflamado con la llama de una felicidad que se consumió en el momento en que se dio cuenta de que la realidad era algo muy diferente. Sería Tiffany la que acabaría convirtiéndose en la condesa de Winterborne, no ella.

James debió de intuir lo que estaba pensando, pues su sonrisa se

desvaneció y, en su lugar, apareció un ceño fruncido y preocupado. Entonces la mirada se convirtió en un gesto de comprensión mutua, como si los dos supieran qué querían, pero los dos tuvieran conciencia de que era imposible.

- ¡Ya casi hemos llegado! - dijo Rebecca -. ¡Ahí están las puertas! Estoy realmente impaciente por llegar.

Marina hizo un esfuerzo por sonreír y hacer caso a la ilusionada niña.

Ante ellos, se alzaba un muro, solo franqueable a través de una puerta de hierro grande que se accionaba con un mando a distancia.

Las dos imponentes hojas se abrieron a su paso y se cerraron, como por arte de magia, en cuanto hubieron pasado.

Ante ellos, se extendía una carretera flanqueada por pastos verdes. En un lateral, una pequeña y decrépita casa daba una triste bienvenida a los visitantes.

- Esa es la casa a la que mi hermano condenó a vivir a Henry.

Marina lo miró perpleja.

- Por eso me lo tuve que llevar a Londres conmigo - continuó él.

- ¡Es deprimente!

- Y da miedo - añadió Rebecca.

Pero, pronto, la desvencijada visión se perdió en el pasado y, ante ellos, surgió un hermoso bosque lleno de árboles frondosos.

- ¡Esto es maravilloso! Se diría que fuera a salir un elfo o un hada de cualquier rincón. Es como un bosque encantado.

Entre la espesura, se alzaba la mansión Winterborne. Lejos de lo que se había esperado, no era un lugar oscuro y tenebroso, sino que su fachada, de piedra clara, y sus alrededores, delicadamente cuidados, le daban un aspecto vital y agradable.

- ¡Es magnífica! - dijo ella.

- Ya puede serio - afirmó él -. Me he gastado una verdadera fortuna en restaurarla, después de que mi hermano no le prestara ni la más mínima atención durante años.

- Pues es una auténtica preciosidad - dijo Marina.

- ¡Ya veras el lago! Eso sí que te va a gustar, ¿verdad, tío James?

- ¿Un lago?

- Sí, hay un pequeño lago bajo una colina. Tiene patos y cisnes - dijo él -. También hay una piscina cubierta y una pista de tenis.

- ¿Y cuántos acres tiene de terreno? - preguntó ella.

- Mil - respondió James, lo que para los estándares británicos era mucho.

- Eso quiere decir que tus vecinos están realmente lejos. ¿Cuándo os encontráis?

- Pues en los juegos de polo o en las fiestas de sociedad.

Desde luego, aquello no tenía nada que ver con su cita de los viernes en el bar y el cine del sábado con hamburguesa en el McDonalds. A pesar de todo, ella no se sentía como una extraña en aquel entorno. Quizás, la educación que su madre le había dado la había preparado para enfrentarse dignamente a cuanto se pudiera esperar de ella en un lugar así. Se podía imaginar a sí misma compartiendo su vida con James en la mansión Winterborne. Por un momento, estuvo incluso tentada de decirle que no era una muchacha provinciana, vulgar y corriente, que su madre era de una buena familia británica, solo que, hacía ya muchos años, la habían repudiado.

- Al tío James ya no le gustan tanto las fiestas - dijo la niña -. ¿Verdad, tío?

- No, ya no.

- Dice Henry que ha cambiado, que antes sí que le gustaban, que era «un cabeza loca».

Marina se rió al oír el comentario de la pequeña.

- ¿Eso es lo que te ha dicho Henry de mí? - preguntó James extrañado.

La niña lo miró con expresión culpable.

- Bueno, no exactamente - dijo la niña -. Un día oí a William y a él mientras hablaban en la cocina.

- ¡Escuchaste una conversación ajena! - dijo James -. Tú sabes que eso no está bien.

- Pero no sabía que estuviera mal. Ese es el único modo de enterarme de cosas divertidas. A los niños nunca nos cuentan nada.

Marina se las arregló para no sonreír, y James también.

Por fin, el coche se detuvo ante la puerta de la casa.

James abrió la puerta del coche.

- No salgas corriendo, ¿de acuerdo? - le advirtió a su sobrina antes de dejarla salir.

Pero en el mismo instante en que estuvo fuera, corrió escaleras arriba, al lugar donde la esperaba una mujer con el pelo gris.

- Esa es Mildred - le explicó él -. Lleva en la casa algo así como un siglo, aunque solo tiene sesenta años. Adora a la pequeña Rebecca. No sé lo que esa mujer haría si el transplante no funcionara. Claro que, sobre todo, no sé lo que haría yo.

Marina no pudo evitar el deseo instintivo de reconfortarlo. Le tocó un brazo.

- No te preocupes - dijo ella -. Trátala como a cualquier niña normal que tiene un futuro por delante. Tienes que tener fe.

- ¿Fe? No soy una persona religiosa.

- ¿Y qué tiene que ver eso con la fe? Lo que te digo es que mantengas viva la esperanza.

La miró fijamente.

- Prométeme que no te vas a retractar de lo de esta noche - le pidió él de repente.

- Te lo prometo.

- No quiero una hora o dos, quiero toda la noche.

Ella se estremeció. Todo lo que pudo hacer fue asentir.

Él abrió su puerta y la dejó salir.

Ella se sintió aliviada al poder huir de su presencia. Pero sabía que era algo pasajero. Aquella misma noche estaría en sus brazos. Solo esperaba que tuviera piedad.

Capítulo 11

MARINA abrió los ojos y se sintió confusa, como siempre que uno se despierta en una habitación ajena. Se incorporó y miró el cuerpo dormido que había a su lado. Rebecca reposaba totalmente en paz. Apenas si se había movido desde que había conciliado el sueño después de comer.

Rebecca le había enseñado a Marina toda la casa. Pero, después de la excursión, James la había notado cansada y había insistido en que durmiera. Marina se había tumbado a su lado y le había leído el cuento de Enid Blyton, El árbol mágico. Muy pronto, la pequeña había sucumbido a su encantamiento y había caído en un profundo letargo.

James se había sentado en el sillón que había frente a la cama y, aun cuando la niña ya se había dormido, le rogó a Marina que continuara leyendo.

Al poco tiempo, con el libro entre las manos, también ella se había dejado atrapar por el mundo de los sueños.

Alzó la vista y comprobó que James continuaba en la habitación. Se había dormido en el sillón.

Miró al reloj y vio que solo eran las seis, que no era tan tarde como parecía.

Se levantó, decidida a no despertar a nadie de momento. Todavía quedaba una hora y media para la cena.

Se aproximó a la ventana, tentada por los leves reflejos del agua que se colaban entre las cortinas. Las entreabrió levemente y la bella vista la sobrecogió.

Estaba pensando en lo hermoso que sería aquel lago bajo la luz de la luna cuando James apareció por detrás y posó las manos sobre sus hombros.

- No - le dijo ella.

Él le dio la vuelta y la miró directamente a los ojos.

- ¿No qué? - preguntó alarmado.

- Que no hagas nada aquí - señaló con la mirada a la pequeña durmiente.

Él la miró dolido.

- ¡Dios santo, Marina, me has asustado de verdad! Pensé que me ibas a decir que no a lo de esta noche.

- ¿Y si lo hiciera?

- Te perseguiría hasta convencerte.

- No, no serías capaz de eso. Tienes demasiado orgullo.

- Esto va mucho más allá del orgullo, Marina. Créeme, si tú no vienes a mi habitación, yo iré a la tuya.

La idea de que él se colara en su dormitorio en mitad de la noche era realmente sugerente.

- No hará falta. Yo iré a la tuya. Pero a condición de que nadie sospeche nada. No me cortejes ni me mires así mientras haya gente.

- ¿Cuándo vas a venir?

- Cuando la casa esté completamente en silencio.

- De acuerdo. No hará falta que llames a la puerta y dejaré la llave puesta. Cuando pases, cierra. No quiero sorpresas en mitad de la noche. Rebecca nunca se levanta, pero por si acaso.

- Puede que hoy le cueste más dormirse después de la siesta que se está echando.

- A pesar de todo, llamaría a Mildred, no a mí. Es más, le voy a decir a Mildred que duerma en la habitación contigua.

- Sí, eso estaría bien - dijo ella.

«¿Bien?», pensó. «No hay nada que esté bien en todo esto». Era una situación horrible. Quería gritar, pedirle que no le hiciera aquello, que no la obligara a entregarse a él, cuando no la amaba. Pero su propia contradicción entre deseo y desprecio, amor y odio, la confundía.

- Marina, no te preocupes. Esta casa tiene las paredes muy gruesas y es muy grande. Nadie se va a enterar de nada, te lo prometo - le acarició levemente la mejilla -. ¿Sabes dónde está mi dormitorio? No me gustaría que te perdieras por los pasillos de la mansión en mitad de la noche.

- Si, sé donde está, no te preocupes. Rebecca y Mildred me han enseñado todo, incluido tu dormitorio.

Era mucho más que un dormitorio, pues contaba con cuarto de estar y un baño propio.

La cama con dosel había pertenecido a uno de los reyes de Francia, como orgullosamente le había informado Mildred, y la tela de brocado que la aislaba era muy similar a la de sus fantasías. Al pensarlo, se ruborizó.

- Deja de preocuparse, por favor - le pidió él, al notar su desazón, y apretó su cuerpo contra el de ella.

Marina sintió una ola de deseo. Gimió involuntariamente y él la abrazó con más fuerza, dándole muestras de su propio deseo inflamado, potente y poderoso.

Ella sintió pánico y se apartó de él, justo a tiempo, pues, en ese momento, se oyó un sonido que procedía de la cama. Era Rebecca.

Marina se ruborizó, avergonzada, pero pronto se dio cuenta de

que la niña no los había oído.

- ¿He dormido mucho? - preguntó Rebecca.

- No, no tanto. Pero tendrás que levantarte ya, porque no queda tanto para la cena - le dijo, sin atreverse a volver a mirar a James.

- ¿Tenemos que cenar en el comedor? - preguntó la pequeña.

- Sí - respondió James -. ¿Es que prefieres comer en la cocina con Mildred y con Talbot?

- Sí, por favor, sí. Odio sentarme en esa estúpida mesa larga. Nunca puedo ver a nadie con tantos candelabros y tantas flores.

James se rió y Marina lo miró. Parecía totalmente en control. Nadie se habría podido imaginar que solo momentos antes había estado realmente excitado.

- Recuerdo que cuando era como tú, pensaba exactamente lo mismo - agarró a la pequeña por el hombro mientras se dirigían hacia la puerta -. De acuerdo, le diré a Talbot que solo prepare la mesa grande para dos.

- ¿Tengo que vestirme formalmente? - preguntó Marina, antes de que él se fuera. La idea de tener que cenar a solas con él en una larga mesa la aterrorizaba.

Él se volvió y la miró de arriba abajo. Marina sintió que el corazón se le aceleraba y que sus pezones endurecidos gritaban su deseo a través del jersey de lana.

- No - respondió él -. Estás bien como estás. De hecho, estás maravillosa.

La miró fijamente, durante más tiempo del que habría sido necesario y ella se dio cuenta de que su calmada apariencia era solo una fachada. Estaba tan excitado como ella, pero era un maestro en el arte de disfrazar lo que sentía, en mantener las formas y la dignidad.

Cuando él salió de la habitación, Marina no se sintió digna al seguirlo con la mirada.

A las nueve de la noche, la cena estaba a punto de concluir y había resultado tan tensa y difícil como ella había imaginado.

Suponía que muchas mujeres se habrían sentido satisfechas con poder pasar una noche así, en compañía del conde, las amara o no.

Pero Marina no era como la mayoría de las mujeres. Su deseo de que la quisiera era más fuerte que todo.

A las diez y media, Rebecca ya estaba en la cama y Marina dio las buenas noches antes de las once.

Estaba confusa. No sabía ya dónde estaba la línea que separaba el deseo del nerviosismo. El estómago le dolía y tenía las manos temblorosas y frías mientras el cuerpo le ardía.

Una vez en su dormitorio, optó por una ducha reconfortante que la aplacara y la ayudara a recobrar la compostura.

Pero la compostura había volado y era prácticamente imposible que la pudiera recobran. Lo único que sentía realmente era pánico y se reprochaba a sí misma la estupidez de haber hecho una promesa que no se sentía capaz de cumplir.

Tenía miedo de la situación y de que su inexperiencia lo estropeara todo. James esperaba una mujer experimentada, cuando ella, hasta entonces, solo había tenido un amante diestro y dos mediocres e inmaduros, y, en todos los casos, se había limitado a dejarse llevar, sin tomar jamás la iniciativa.

Salió de la ducha, temblorosa y confusa. Pero era casi medianoche, por lo que no podía retrasarse mucho. Estaba preparada, desnuda y perfumada, cubierta solo por el fino satén de su camisón y la bata a juego.

Sólo su orgullo la impulsó a salir del dormitorio y dirigirse a la habitación de James.

Descendió por el pasillo, llegando a su objetivo mucho antes de lo que habría deseado. Antes de pensárselo dos veces, abrió la puerta, entró y la cerró.

- ¡Cuánto has tardado! - le dijo él con impaciencia. Se aproximó, la tomó del brazo y la condujo dentro, después de cerrar con llave.

No había ninguna luz encendida, solo el reflejo de la luna que se colaba por la ventana.

James llevaba una bata de seda oscura con diminutos dibujos. Estaba tan agitado como ella, lo que hizo que se sintiera más tranquila.

Pero, de pronto, para ella fue demasiada tensión, así que se lanzó sobre él y lo rodeó con sus brazos.

Al principio, él recibió con reticencia su gesto, pero pronto respondió al ímpetu de su boca.

Ella se derretía al sentir su cuerpo caliente y sus besos salvajes.

- No sabes lo que me estás haciendo, Marina - dijo él -. Llevo toda la semana sumido en un infierno, pero en esta última hora pensé que me iba a volver loco. No creo que pueda durar mucho.

Su confesión y su vulnerabilidad la hicieron sentirse más tranquila.

- No te preocupes, James, tenemos toda la noche, ¿recuerdas?

Él gimió, tomó su mano y se metió los dedos en la boca. El deseo la inflamaba cada vez más y, sin pensar, ella se metió los dedos aún más, mientras lo miraba con un apetito feroz.

La sensación era tan fuerte, que Marina creyó que las piernas

iban a ceder a su peso y temió caerse. Retiró los dedos de su boca y él la miró implorante.

Sin mediar palabra, él la despojó de la bata y luego del camisón, que cayó al suelo con toda suavidad, dejando al descubierto su hermoso cuerpo.

Allí estaba, ante él, sintiéndose más deseable de lo que se había sentido jamás. Sus ojos hambrientos amenazaban con devorarla, especialmente sus senos.

Alzó las manos y se quitó las dos pinzas que sujetaban su pelo, dejando que la roja cascada cayera sobre sus hombros.

- No creo que una noche vaya a ser suficiente - dijo él.

Se aproximó a ella y la tomó en sus brazos, llevándola hasta la cama.

- ¿Vas a cerrar las cortinas? - le preguntó ella.

- No, claro que no - comenzó a desabrochar el nudo del cinturón -. No puedes imaginarte lo hermosa que estás ahí tendida baja los rayos de la luna.

Él se quitó la bata y apareció desnudo y musculoso, como sacado de su más preciada fantasía erótica. Jamás en su vida había visto a un hombre tan ferozmente excitado. Parecía un volcán a punto de estallar.

- No te olvides de usar protección - susurró ella.

- Estoy bien preparado - le dijo, y señaló varios sobrecitos pequeños que había en la esquina de la mesilla.

Agarró uno de ellos y sacó el contenido. Marina apartó la mirada avergonzada. ¿Y si le pedía que se lo pusiera? Pero no lo hizo. Para cuando volvió la cabeza, ya se lo había colocado.

Ella le ofreció sus brazos y él se inclinó sobre ella, y comenzó a besarla con furia. Muy pronto, era ella la que lo buscaba con desesperación, mientras disfrutaba de la mano varonil que le acariciaba, seductora, el interior de la pierna. Pronto, llegó hasta arriba y se encontró con su húmeda y tentadora feminidad.

En cuestión de segundos, Marina estuvo preparada para el éxtasis, gimió su ansia y se arqueó.

Él, entonces, se abrió paso dentro de ella y, juntos y al unísono, alcanzaron el ansiado final.

Él rugió, feroz como un animal, y aquel rugido provocó muchas cosas dentro de Marina.

Se prometió a sí misma que lograría hacerlo gruñir muchas veces a lo largo de la noche. Y se prometió, también, que lo haría sufrir. Iba a castigarlo porque, al hacerle el amor, había logrado que lo amara incluso más que antes.

Capítulo 12

POR QUÉ cuanto más te hago el amor, más quiero seguir haciéndolo? - le preguntó él pasadas las tres de la madrugada.

James estaba tumbado a su lado y agitaba la borla del cordón de las cortinas de cama sobre uno de sus pezones, mientras ella trataba de negar inútilmente el incipiente deseo que volvía despertar en ella.

- Tienes unos pechos preciosos - murmuró y se inclinó para besárselos.

Después de cinco minutos con aquella tortura, pasó la borla por su pubis y Marina sintió un río de sensaciones calientes ascender desde su feminidad hasta sus senos y sus labios. Ansiaba separar las piernas y dejar que gozara de ella.

Pero otra parte de ella le decía que, esa vez, tenía que hacerse de rogar, que no podía dejar que la hiciera suya de nuevo sin pelear.

Su resistencia fue perversa, pues él ya había besado y acariciado cada milímetro de su cuerpo.

Él frunció el ceño y la miró.

- ¿Qué pasa? - le preguntó -. ¿Es que no quieres que te haga el amor?

Ella no respondió.

- ¿Es que quieres hacerme tú el amor a mí? - insistió él.

Ella se ruborizó ante la propuesta. Jamás le había hecho el amor a un hombre, ni siquiera a Shane. Claro, que él tampoco se lo había ofrecido.

- Nunca he hecho nada parecido - le confesó ella.

Él la miró sorprendido.

- ¿Ni siquiera con Shane?

- No.

- ¿De verdad? Bueno, eso me confunde aún más de lo que ya estoy - la miró fijamente -. Dime, ¿con cuántos hombres has estado?

- ¿Debería yo preguntarte con cuántas mujeres has estado tú?

Él se quedó sin habla, pero reconoció en silencio que tenía razón en responderle con la misma impertinente pregunta.

- Da igual - continuó ella -. He tenido tres amantes, pero dos de ellos no eran más que muchachos inexpertos, compañeros míos de universidad. El tercero fue Shane y creo que mi falta de experiencia fue lo que hizo que me sedujera por completo. El inicio de nuestra relación coincidió, además, con la muerte de mi madre, un

momento en el que yo necesitaba cariño y comprensión. Creo que eso me hizo confundir las cosas.

- ¿Entonces no tienes mucha experiencia?

- Pues, si te soy sincera, no.

- No sé por qué, pero la idea me excita - dijo él, pasando la borla por uno de sus pezones. Jugueteó con él y, después, llegó con la borla hasta su boca y acarició sus labios temblorosos.- ¿Te gusta lo que te estoy haciendo ahora? Parece que sí.

Marina se ruborizó y asintió.

- Si yo te lo pidiera, ¿me harías todas esas cosas que no le has hecho a ningún hombre antes? Ya sabes a qué me refiero, ¿no?

Ella asintió, mientras el corazón le latía con fuerza.

Él le tomó la mano y le pasó el cordón con la borla. Después, se tumbó, cerró los ojos y respiró profundamente.

Marina lo miró, con el estómago encogido por el nerviosismo.

Quería provocarle un placer infinito, pero se sentía extraña.

- No tienes que hacer nada que no quieras - le dijo él, aún con los ojos cerrados.

Ella hizo acopio de todo su valor y deslizó la borla sobre su torso. Sintió los pezones masculinos endurecerse, tal y como se habían endurecido los suyos. Entonces, comprendió que estaba sintiendo algo muy similar a lo que ella había sentido.

Aproximó su boca a la piel desnuda de su torso y deslizó la lengua hasta abajo.

Él gimió y ella sintió el placer del poder.

- No pares - le rogó él -. Por favor, no pares.

Pero ella consideró aquel el momento idóneo para ponerle el preservativo.

Se tomó su tiempo, en parte porque nunca había puesto uno, y en parte porque, bajo aquella apariencia de frialdad, estaba tan excitada que no podía pensar.

- Sí, por favor, sí - gimió James al sentir que se tumbaba sobre él y tomaba posesión de su magnífica erección con su pubis, abriéndole la entrada.

Él la agarró de las caderas y ella entreabrió los labios y gimió.

Tomó sus senos con las manos y se los acercó a la boca, hasta deleitarse con ellos.

Ella se movía de arriba abajo y él la acompañaba, en un movimiento desinhibido y feroz. Marina había perdido todo sentido del ridículo. Se dejaba llevar por la pasión y eso era lo único que importaba.

Llegaron juntos al éxtasis y sus gritos lo llenaron todo.

Finalmente, ella se desplomó sobre su pecho y él farfulló una queja, hundiendo el rostro en su cabello.

- Dios mío, ¿cómo voy a vivir sin ti?

El tono angustiado de su voz despertó en Marina una leve esperanza. Quizás iba a decirle que la amaba, tal vez le rogaría que se quedara con él en Inglaterra.

Pero no lo hizo. Se mantuvo en silencio.

Estaba claro: No importaba cuáles fueran sus sentimientos por ella. En cualquier caso, no eran lo suficientemente fuertes como para cambiar el rumbo de su vida.

Marina sabía que no podía esperar que fuera de otra manera. Los hombres como él no se casaban con las chicas como ella.

La tensión combinada con la emoción la habían dejado exhausta, así que bostezó.

- No te quedes dormida, por favor - le rogó -. Todavía faltan un par de horas hasta el amanecer. Habla conmigo, cuéntame todo sobre ti, sobre tu niñez, tu trabajo. Cuéntame cómo es un día normal en tu vida.

Aquello carecía de sentido, pero comenzó con su historia.

Le contó cosas sobre su infancia, sobre su madre, sobre cómo decidió llegar a ser profesora y sobre sus desastrosas relaciones con los hombres.

Según hablaba, iba desapareciendo el cansancio hasta que, finalmente, fue James el que se quedó dormido.

Ella se marchó a su dormitorio. Sentada en un sillón esperó a que llegara el amanecer. Después, se quedó dormida durante una hora y se despertó cuando las campanadas del reloj marcaron las siete.

Se metió en la ducha, dolida por el hecho de tener que quitarse su aroma de la pie. Haber hecho el amor con aquel hombre, al que realmente amaba, había sido la experiencia más increíble de su vida.

Por eso, no había podido renunciar a ello. Pues experimentar el verdadero amor era algo único y poco frecuente.

Jamás se arrepentiría de lo acontecido aquella noche, aunque no volviera a sentir su boca, ni sus manos, ni su cuerpo.

En ese momento, las lágrimas desbordaron sus párpados. Levantó el rostro y dejó que el agua limpiara su tristeza. No podía bajar a desayunar con los ojos hinchados por el llanto o se delataría.

Pero, al enjabonarse el pelo, recordó que había otra prueba abandonada torpemente en el dormitorio de James. Las pinzas que le sujetaban el cabello yacían esparcidas por el suelo.

Sabía que James no se daría cuenta, pero Mildred sí. Además eran dos pinzas que se usaban específicamente para sujetar el pelo largo.

Marina no podía pasarse el día con la incertidumbre de si estaban o no mirándola con ojo acusador.

No tenía más remedio que vestirse e ir al dormitorio.

Tardó algún tiempo en secarse la cabeza, pues no iba a ir con el pelo empapado por toda la casa a esas horas. Podría parecer sospechoso.

Por desgracia, la habitación de James no estaba próxima a la suya. Pero, con un poco de suerte, siendo domingo, no habría nadie despierto aún a aquellas horas.

Rebecca era la única qué, quizás, se levantara pronto. La otra amenaza era Mildred. Seguro que se levantaba al amanecer. Pero, posiblemente, estaría abajo, ocupándose del desayuno, o, tal vez, en misa.

Asomó la cabeza por la puerta de su habitación y comprobó que el pasillo estaba vacío. Respiró profundamente y se dispuso a llegar al dormitorio de James a toda prisa.

Una vez ante su puerta, llamó sin dejar que el pánico se apoderara de ella.

Cuando Talbot, el mayordomo, abrió, estuvo a punto de desmayarse.

- ¿Sí, señorita? - preguntó cortésmente el criado, como si fuera perfectamente normal que las damas llegaran sin aliento ante la habitación de su señor a las ocho de la mañana.

- Esperaba poder hablar con James... ¿Está aquí? - balbuceó ella.

- El señor conde está en la ducha. ¿Puedo ayudarla en algo?

- No, gracias, creo que no - miró al interior de la habitación y vio que la cama ya estaba hecha y que, sobre la mesa, había una bandeja con una cafetera de plata -. ¿A qué hora es el desayuno? No lo recuerdo.

- A las nueve, señorita - el mayordomo frunció ligeramente el ceño -. Un momento, por favor.

El hombre se metió en el dormitorio y regresó con algo en la mano.

- Creo que esto es suyo - dijo.

Ella agarró las pinzas y deseó con todas sus fuerzas que la tierra se abriera y se la tragara.

- No le diré nada al señor de que las he encontrado. Tampoco le comentaré nada de su visita- continuó el mayordomo, ignorando el rubor de la invitada -. Solo lo perturbaría.

Marina sintió un profundo dolor en el corazón, parpadeó y miró al mayordomo sin poder ocultar del todo su estado.

«Por supuesto que no queremos molestar a su merced», dijo la parte irónica de ella, la que odiaba la hipocresía y la doble moral. «Al diablo con tus sentimientos, Marina. Aquí lo único que importa es no perturbar al señor».

- Gracias - dijo ella secamente, se dio la vuelta y se alejó, apretando las pinzas firmemente en la mano.

De acuerdo, podía ser que no la amara, pero era realmente doloroso descubrir que su mayordomo estaba habituado a ese tipo de cosas. Probablemente, tendría un cajón lleno con todos los objetos personales olvidados por las amantes de su señor. Estaba claro que James había entrenado a Talbot mejor que a Henry.

Seguramente, él mismo le habría colocado los preservativos en la mesilla. Por supuesto, la sangre azul no podía verse contaminada por la del populacho. La gente del pueblo tenía, incluso, la mala costumbre de tener hijos.

Marina todavía estaba furiosa cuando se dispuso a bajar a desayunar. Pero Rebecca se unió a ella en la escalera, agarrándola cariñosamente de la mano, y su malhumor desapareció.

Pero le fue mucho más complicado contener su estado de ánimo cuando se encontró con James.

Él bajó diciendo que no iba a desayunar, que ya había tomado café en su habitación y, acto seguido, se metió en su estudio con la excusa de que tenía cosas que hacer.

Dejó a Marina con Rebecca para que la entretuviera. De no haber sido porque realmente le gustaba la niña, le habría dicho al señor conde unas cuantas cosas. ¿Cómo se atrevía a tratarla así?

Pero aquello le serviría para concederle a la pequeña algún tiempo antes de que tuviera que regresar al hospital aquella tarde.

- No quiero que vuelvas a tu casa, Marina - le dijo la niña mientras jugaban junto al lago -. ¿No te puedes quedar más tiempo en Inglaterra?

- Me temo que no, cariño. ¡Por cierto, he olvidado llamar a casa para avisar de cuándo llego! Tengo que volver.

- ¿Tengo que ir yo también?

- Sí.

No estaba dispuesta a deja a una niña de siete años sola junto a un lago.

- De acuerdo. Iré a hablar con Mildred.

Mildred le indicó a Marina que el señor seguía en el estudio.

Marina llamó a la puerta y entró después de que él dijera un

brusco «adelante».

Encontró a James sentado ante el escritorio, pero no estaba trabajando, sino que, sencillamente, se contemplaba los zapatos.

«Así que ha estado evitándome», se dijo ella.

Él se levantó sobresaltado al verla entrar.

- Pensé que eras Talbot.

- No, soy solo yo. Tu «aventura» de anoche.

Él la miró desconcertado por su respuesta.

- Tengo que llamar a Sydney - continuó ella -. Necesito decirle a Shane que vaya a recogerme un día después. Mildred me ha dicho que podía usar el teléfono que está en el recibidor, pero a mí no me gusta usar nada sin pedir permiso. De todas formas, me doy cuenta de que estabas ocupadísimo y te he interrumpido, así que será mejor que me vaya por donde he venido. Siento la intromisión. Volveré a hacer las cosas como se hacen aquí, no se preocupe, señor conde. Lo que ocurre es que no estoy acostumbrada a que me traten como a una cualquiera, a que los mayordomos me devuelvan las pinzas del pelo con toda discreción y normalidad, porque solo soy una más de las muchas mujeres que dejan cosas olvidadas en ese dormitorio. Tampoco estoy acostumbrada a que mis amantes me traten, a la mañana siguiente, como si tuviera una enfermedad contagiosa.

Se dio media vuelta con la intención de salir. Pero él la agarró del brazo y cerró la puerta con el pie.

Indignada, ella se volvió hacia él y le dio una sonora bofetada.

- ¡Dios santo! - gritó ella y se miró la mano.

James se quedó inmóvil, de pie ante ella, y se tocó el lugar donde se le habían quedado marcados los dedos.

- Recuérdame que no te vuelva a agarrar - dijo él.

- ¡James, lo siento!

- No, no lo sientas. Tienes toda la razón y te pido disculpas. No me he parado a pensar en cómo podía afectarte mi estado de ánimo - dijo con sinceridad -. Si quieres, puedes llamar desde aquí. Yo voy a ponerme un poco de hielo en la cara para que no se hinche.

En el momento en que él salió de la habitación, Marina se dejó llevar por su abatimiento. Se sentía avergonzada por lo que acababa de hacer. No tenía derecho a abofetearlo. Realmente, se estaba comportando como una necia.

Se acercó al teléfono y marcó el número.

Shane respondió muy pronto.

- ¿Diga?

- Shane, soy Marina.

- ¡Ya era hora de que dieras señales de vida! Estaba empezando a pensar que ya te habías olvidado de mí.

- No, no me he olvidado de ti - le dijo ella. No tenía intención alguna de romper su compromiso por teléfono. No le parecía justo para Shane -. Verás, el avión de hoy estaba lleno, así es que me pidieron que retrasara el vuelo un día.

- ¿Viajando en primera? Diles que no estás dispuesta a ceder, que te den tu plaza hoy.

Marina suspiró.

- No puedo hacer eso.

- ¡Mujeres! - protestó él -. ¿Cómo puedes ir por el mundo sin reivindicar tus derechos? Tu madre los habría puesto en su sitio rápidamente. Bueno, en cualquier caso, la compañía aérea paga los gastos cuando eso sucede, ¿no es así? Insiste en que te manden a un hotel de cinco estrellas, ¿de acuerdo?

- Me voy a quedar en casa del señor conde esta noche. Su chófer me llevará al aeropuerto mañana.

- ¡Qué impresionante! - dijo Shane -. ¿Qué tal es el viejo conde?

El «viejo conde» regresó al estudio en aquel momento. Marina se alegró al ver que no había ninguna marca en su mejilla.

- Es encantador.

- Y muy rico, supongo - dijo él con envidia -. ¿No te ha regalado nada?

- No exactamente.

- ¿Qué quieres decir?

- Bueno, que ha puesto todo lo suyo a mi disposición - respondió ella y miró a James -. Y ha sido una experiencia inolvidable.

- ¡Rata! Al menos podría haberte hecho algún regalo personal.

- Shane, ahora tengo que colgar. Esto cuesta una fortuna.

- Adiós - dijo Shane.

Marina colgó y luchó contra el temblor traicionero de su barbilla. Hizo lo indecible por contener las lágrimas.

- No te vas a casar con él, ¿verdad?

Ella se rió irónica.

- ¿Y tú? ¿Vas a casarte con Tiffany?

- ¡Pero no lo amas!

- Tampoco tú la amas a ella - dijo Marina indignada -. Por favor, James, enfréntate a ello. Que me ames a mí o no es irrelevante en esto, la cuestión aquí es que no estás enamorado de ella. Si lo estuvieras, ya habríais hecho el amor, sin importar la falsa moral y las imposiciones familiares. Tú eres un hombre apasionado y, para ti, el amor y el sexo van unidos. Quizás quieras protegerla, pero,

definitivamente, no la amas.

Un carraspeo procedente de la puerta abierta anunció la presencia de Talbot.

- Siento interrumpir, señor, pero hay alguien que quiere verlo, señor. Es la señorita Tiffany.

Marina miró a James. Ambos estaban confundidos con aquella inesperada aparición.

- Dile que enseguida estaré con ella.

- Muy bien, señor - respondió el mayordomo y se fue.

Marina sospechó que algo pasaba, pues no era normal que ella hubiera regresado un día antes de lo previsto y fuera directamente a casa de James. ¿Acaso sospechaba algo de lo que había entre James y ella? Marina recordó que en varios periódicos había salido una foto de ellos, en la que James la tenía agarrada de la cintura. Quizás alguien los hubiera visto juntos en el teatro y se hubiera apresurado a contárselo a ella. Pero, también, cabía otra posibilidad.

- James, ¿Henry no habrá...

- No - dijo James en tono cortante -. Henry jamás haría nada así.

Se aproximó a ella y la tomó de los hombros, obligándola a mirarlo directamente a los ojos.

- Antes de recibir a Tiffany, quiero que me digas una cosa. ¿Qué había detrás de tu rabia de hace un momento? ¿Podría ser que se tratara de amor, de verdadero amor? ¿O era otra cosa?

- Yo...

- Marina, por favor, no me mientas. Necesito saberlo.

La esperanza volvió a iluminarla.

- Sí, te amo, te amo de verdad.

- ¿Y por qué no me lo dijiste anoche?

- ¿Por qué no me lo dijiste tú a mí?

Él parecía confuso.

- ¿Cómo iba a hacerlo, cuando pensaba que te ibas a Australia y solo me concedías una noche?

- Te dije eso porque estaba convencida de que lo único que te interesaba de mí era el sexo, que no me querías.

Él suspiró aliviado y sonrió.

- Quédate aquí, amor mío. No tardaré.

Marina lo vio marcharse, con el corazón acelerado.

La había llamado «amor mío». Realmente la amaba, más incluso que a Tiffany.

Armada con ese conocimiento, se propuso luchar hasta el final por él. No tendría por qué vivir sin ella. Estarían juntos por siempre jamás.

Capítulo 13

MARINA paseaba impaciente de arriba a abajo por la habitación cuando Talbot apareció.

- El señor conde requiere su presencia en el salón - anunció el mayordomo -. Es la segunda puerta...

- Sí, sí, ya lo sé. Gracias - respondió nerviosa.

Se dirigió hacia el salón con el corazón en un puño. Al llegar ante la puerta abierta, se encontró una escena nada reconfortante.

James estaba delante de la chimenea, con Tiffany en sus brazos, quien lloraba desconsoladamente.

- No llores, Tiffany, cariño - le decía James -. No hay ninguna razón para llorar ya. No has hecho nada de lo que debas sentirte avergonzada. Eres la muchacha más dulce que he conocido en mi vida y todavía te quiero. Esto no es el fin del mundo.

James se volvió hacia Marina en aquel momento.

- Marina, siento no haber ido yo mismo a buscarte al estudio, pero es que Tiffany está muy mal y no podía dejarla sola. De todos modos, no es nada de lo que estás pensando. Todavía no he tenido la oportunidad de explicarle lo nuestro. Tiffany me ha contado que se ha enamorado de un muchacho que ha conocido en Italia...

Marina levantó las cejas en una mezcla de sorpresa y placer ante la noticia.

Tiffany los miró confusa.

- ¿Qué quieres decir con eso de «nosotros»? - le preguntó Tiffany a James.

- Ven, Marina - le rogó -. Tiffany, Marina y yo nos hemos enamorado también. No queríamos que ocurriera, lo mismo que te ha pasado a ti con tu italiano. Hemos intentado desesperadamente luchar contra nuestros sentimientos, pero nos ha sido imposible. Además, tengo que confesarte que nuestra relación ha ido mucho más allá de lo meramente platónico.

Tiffany se quedó perpleja al recibir la noticia, pero no parecía afectada.

- Pero quiero que sepas que, hasta tu llamada del viernes, se ha comportado como un caballero - dijo Marina.

- De eso estoy segura - respondió Tiffany con una sonrisa -. James, me alegro mucho, de verdad. Eso me hace sentir mucho mejor, pues quedas en buenas manos. No podrías haber encontrado a una mujer mejor. También tengo que decir, Marina, que eres muy afortunada, porque James es maravilloso. Siempre lo he adorado.

- Por favor, Tiffany - murmuró él -. No hagas que me avergüence.

- ¿Por qué ibas a hacerlo? ¿Qué hay de vergonzoso en decirte que te amaba? Todavía te amo, pero ahora sé que no es la clase de amor que una esposa debe tener por su marido. Y también sé que el amor que sientes por mí no es el que un marido debe tener por su esposa.

- Tiffany...

- Espera, no he terminado. Conozco la solemne promesa que le hiciste a Peter acerca de cuidarme si algo le sucedía. Por eso fue por lo que me pediste matrimonio, ¿verdad? Pensabas que necesitaba que alguien me protegiera. He sido tan infantil... pero he madurado. Mi italiano me enseñó en una hora lo que debía haber aprendido durante la adolescencia. Siempre he sido muy infantil y he aceptado sin rechistar las viejas costumbres de la familia. Pero ahora sé lo que es el deseo y la pasión.

- ¡Tiffany! - exclamó James, como si fuera su hermano mayor -. ¿No habrás...?

- No, claro que no. Es imposible cambiar las cosas tan deprisa. Pero te aseguro que habría querido hacerlo, y eso es lo importante.

James no estaba dispuesto a abandonar su postura de protector así como así.

- ¿Quién es ese hombre? ¿Dónde lo conociste? ¿Te quiere?

Tiffany sonrió.

- Dice que sí, que me quiere, ¡y es tan guapo!, tan...

- ¿Sexy?

Tiffany ya no se ruborizó, como habría ocurrido antes, sino que su boca se abrió en un gesto sensual. Quizás su amante italiano no se habría llevado su virginidad, pero sí que había acabado con su inocencia.

- Sí, es muy sexy - admitió ella.

- ¿Tiene trabajo? - preguntó inmediatamente James -. Seguro que sabe que eres una aristócrata.

Marina sonrió.

- James, no atosigues a Tiffany - dijo Marina -. ¿Cuándo vas a volver a verlo?

- Irá a Londres la semana que viene - respondió emocionada -. Su familia pertenece al mundo de la moda. Son los Ferrucci. Seguro que habéis oído hablar de ellos. Tienen muchísimo dinero, te lo aseguro, James. Además, los Ravensbrook no somos en absoluto ricos y tú lo sabes. De no ser así, no me dedicaría a trabajar como guía turística en el castillo de Bellham. Te aseguro que no se quiere

casar conmigo por dinero.

James frunció el ceño.

- ¿Te ha pedido que te cases con él?

- Todavía no, pero pronto lo hará.

Marina no quería decepcionarla, pero le habría gustado decirle que los hombres no siempre sellan su amor con el matrimonio.

Eso le hizo recapacitar sobre su propia situación. A pesar de aquel vuelco del destino, todavía tenía dudas sobre si James llegaría a pedirle o no que se casara con él. Inmediatamente, se le puso un nudo en el estómago.

Tiffany les contó con todo lujo de detalles los avatares de su encuentro con el italiano y ellos la escucharon contentos de ver lo feliz que la había hecho aquel cambio en su vida.

Después de un rato, Tiffany decidió que ya era hora de marcharse. Pero antes de dejarla marchar, James no pudo evitar hacerle la última advertencia.

- Ten cuidado con ese italiano, Tiffany. No te precipites. Los hombres como ese están acostumbrados a que las mujeres vayan a ellos sin tener que comprometerse.

- Marco no es así - dijo ella -. Es muy apasionado, pero también sé que es sincero. Me ha dicho que me esperará el tiempo que sea necesario. Y creo que no va a ser mucho.

James y Marina la acompañaron hasta el coche. Pero, en cuanto Tiffany se hubo marchado, Marina dijo en alto algo que la estaba mortificando.

- Has hecho una interesante observación sobre el género masculino. Así es que, dime, ¿eres de los que se compromete o de los que no se compromete?

- ¡Vaya! Vas directamente al grano.

- Sí, así soy yo. Y bien, ¿me vas a pedir que me case contigo o no? Porque si no lo haces, no sueñes con volver a disfrutar de lo que disfrutaste anoche.

James la miró con una sonrisa en los ojos, la agarró de la mano y la hizo descender las escaleras de la entrada.

- ¿Adónde me llevas? ¡Déjame! Te he hecho una pregunta.

- A la que responderé en el momento adecuado.

Ella continuó sus protestas durante todo el camino. Atravesaron la explanada que separaba la casa del lago y la llevó hasta la caseta del embarcadero. Abrió la puerta, entraron y la cerró de una patada.

- ¡No me extraña que Tiffany se haya librado de ti! ¡Eres un bruto!

Sin mediar palabra, la agarró en brazos y la puso sobre el diván que había en una esquina.

James comenzó a desnudarse.

- No serás capaz de... - dijo ella con la voz entrecortado.

- Claro que sí, así que será mejor que también te vayas desnudando, mi futura esposa.

- ¿Tu qué?

- Mi futura esposa.

- ¿Lo dices de verdad?

- ¿Piensas que un aristócrata como yo te mentiría?

- ¿Insinúas que los de sangre azul nunca mentís? - preguntó ella con sorna.

- No. Solo trato de decirte que este aristócrata no te está mintiendo.

- Siempre pensé que los nobles no se casaban con chicas como yo.

- Se casan con chicas mucho más inapropiadas que tú - respondió él, riendo. Ella hizo una mueca -. A principios de siglo, hubo una etapa en la que se casaban con chicas de revista y con actrices que, por aquel entonces, tenían muy mala reputación. Luego, mira a mi hermano - continuó James, mientras le quitaba los pantalones -. Se casó con una de las famosas Bingham.

Marina se quedó perpleja. Aquel era el apellido de soltera de su madre.

- ¿Las famosas Bingham?

- Supongo que no habrás oído hablar de los Bingham allá en Australia. Su padre era un comerciante que fue nombrado caballero a pesar de sus dudosas contribuciones al comercio y la industria. Era muy ambicioso y tremendamente rico, y malcrió a sus cuatro hijas. Joy era la esposa de mi hermano. Tenía una gemela, Jocelyn, que se escapó con un mozo de cuadra una semana antes de su anunciada boda con un anciano conde italiano.

Marina se atraganto y él le dio unos golpecitos en la espalda. Pronto, recuperó la respiración y él la abrazó.

- Marina, eres adorable. En toda la mañana no he podido hacer otra cosa más que pensar en ti. ¿Por qué crees que estaba de tan malhumor? Trataba de evitarte como si fueras veneno, porque tu sola presencia me embriaga. Además, pensaba que ibas a volver a Australia con ese tal Shane.

- No, nunca.

- Vamos a tener que casamos pronto. No podemos estar durante mucho tiempo escondiéndonos en el embarcadero. No te muevas.

No puedo aguantar que te muevas. ¡Sí, muévete, muévete! ¡Oh, amor mío, amor mío!

Capítulo 14

ESTÁS muy callada - le dijo James.

Iban de vuelta a Londres y William estaba completamente centrado en sortear el complicado tráfico del domingo por la tarde.

Rebecca estaba dormida con la cabeza en el regazo de Marina.

- ¿No te estarás pensando lo de casarte conmigo?

- ¿Y tú? - Marina le devolvió la pregunta.

- No, claro que no - respondió él -. Si lo que te da miedo es la aceptación social, tranquila. Ese tipo de cosas pertenece al pasado. Ya viste cómo reaccionaron Mildred y Talbot. Ambos dijeron que eras encantadora y que se alegraban mucho por mí.

- Sí, pero a mí quien me preocupa es Henry. Tenía toda tu vida planeada y yo no encajaba en su esquema.

- Creo que te equivocas. Sinceramente, pienso que te has ganado por completo el corazón de ese viejo. No tienes de qué preocuparte.

Pero en la cabeza de Marina seguía rondando un tema que la tenía confusa y temerosa. Ella era parte de aquella familia Bingham a la que él despreciaba.

A pesar de su preocupación, no le pareció aquel el momento adecuado para sacar aquello a la luz. Estaban a punto de llegar al hospital y Rebecca era lo único importante.

Como era de esperar, la pequeña se puso a llorar en cuanto subieron a la habitación.

- ¿Vas a volver? - decía la pequeña entre pucheros -. ¿De verdad que te vas a casar con el tío James?

Marina abrazó a la pequeña con todo su amor.

- Nada me podrá mantener apartada de vosotros. Volveré antes de que me hayáis podido echar de menos. Pero tengo que volver a Australia para vender la casa de mi madre y traer mis cosas. No te preocupes, Rebecca, en cuanto yo vuelva, te vamos a llevar a casa y yo me ocuparé de ti. No pienso dejarte sola ni un segundo.

Rebecca la miró con tristeza.

- ¿Me lo prometes?

- Sí, te lo prometo.

La niña se lanzó a sus brazos.

- Marina, te quiero mucho.

- Yo también. Y ahora, déjame que te ayude a desvestirte y que te meta en la cama antes de que venga la enfermera.

Dejaron a la pequeña confortablemente metida en la cama y se marcharon al apartamento de Mayfair.

- Eres maravillosa con ella - dijo James una vez instalados en la parte trasera del Bentley.

Marina se mordió el labio inferior y se dio cuenta de hasta qué punto se sentía vulnerable. La sola idea de que la niña no superara la enfermedad le resultaba insoportable.

De pronto, todo aquello fue demasiado para ella y se echó a llorar.

- ¡Oh, James! - escondió la cara en su pecho.

- Sí, ya sé que es muy duro enfrentarse a todo esto. Pero te voy a repetir lo que alguien maravilloso me dijo hace poco: hay que tener fe. Y esa fe para mí se ha visto reforzada al pensar que tu venida aquí no ha sido coincidencia. Es el destino que nos está dando una oportunidad. Estoy seguro de que Rebecca vivirá muchos años, y de que tú y yo nos casaremos y seremos muy felices los tres.

Marina se limpió las lágrimas.

- Acabo de darme cuenta de algo. No importa de quien sea hija, tú me amas de verdad.

Él la sujetó de la barbilla y la miró directamente a los ojos.

- Marina, no sé de qué estás hablando ahora.

- Lo sé - respondió ella -. Yo tampoco sabía nada hasta ayer. Pero hoy, en el embarcadero, has dicho algo y me he dado cuenta...

- ¿De qué te has dado cuenta?

- El que fuera la donante perfecta para Rebecca no es mera coincidencia, porque resulta que somos familia.

- ¿Familia?

- Sí. El nombre de soltera de mi madre era Jocelyn Bingham. Joy era su gemela.

- ¡Cielo santo! - exclamó él y soltó una carcajada -. Pero eso es realmente increíble.

- Sí, lo sé. Así que vas a acabar casándote con una de las famosas Bingham.

Él hizo una mueca.

- ¿Te refieres a una de esas terribles chicas que se casaban con los hombres por dinero?

- Mi madre no se casó por dinero, sino por amor.

- Como su hija, ¿no?

- Sí. Te quiero mucho, de verdad.

- ¿Tú crees que esta noche me podré colar en tu habitación mientras Henry duerme? Si vas a estar en Australia tres semanas, tienes que dejarme algún recuerdo.

- ¿Estás seguro de que te puedo dejar aquí solo tanto tiempo?

- ¿Y te puedo yo dejar ir así como así, con ese Shane

esperándote allí?

- Sí.

- Prométemelo.

- Te lo prometo.

- Yo a ti también. Una cosa que tienes que saber de los Marsden es que, una vez que nos enamoramos de una mujer, es para toda la vida.

Ella sonrió.

- Eso suena muy bien.

A pesar de la reconfortante presencia de su futuro marido, según se iban aproximando al apartamento, Marina se mostraba cada vez más nerviosa.

- Si es por Henry, tranquilízate, cariño. En realidad es un cordero con la piel de un lobo.

Al llegar, Henry los recibió en la puerta y, lejos del gesto tenso y de desaprobación que Marina esperaba, se encontró al mayordomo sonriente y feliz. Aún más, se aproximó a ella y la abrazó para darle la enhorabuena.

- Ya me he enterado de la buena nueva por la señorita Tiffany y por Mildred.

- ¿Te llamó la señorita Tiffany? - preguntó James.

- Sí, así es - respondió el mayordomo -. Y parecía feliz. He de reconocer que yo también me alegro, pues hay algo realmente irresistible en la señorita Marina.

- Lo sé, Henry, lo sé.

- Me gustaría confesarles que yo le di un pequeño empujoncito a su relación.

Los dos se miraron sorprendidos.

- ¿A qué te refieres? - le preguntó James.

- Bueno, la noche del teatro, ¿recuerdan? Pues bien, el Bentley no estaba en el taller…

Marina no daba crédito a sus oídos.

- ¿Quieres decir que tú encargaste la limusina?

- Sí, señor - reconoció el mayordomo.

- ¡Eres un demonio! - dijo Marina -. Pero un demonio adorable. Cuando James y yo nos casemos y nos vayamos a Winterborne, quiero que te vengas con nosotros. En cuanto empiece a tener niños, Mildred y Talbot van a necesitar mucha ayuda. Porque en mi familia abundan las niñas y no pienso parar hasta tener también un varón.

- ¡Yo no sé nada de niños!

- Es cuestión de aprender.

- Sí, señorita Marina.

Ella hizo un gesto de fastidio.

- Y, por favor, ya no quiero que me vuelva a llamar «señorita Marina».

Henry se quedó pensativo.

- Sí, supongo que tiene razón. A partir de ahora tendré que cambiar eso. ¿Quiere usted tomar algo, «señora condesa»?

Marina gruñó enfurecida y, acto seguido, soltó una carcajada.

- De acuerdo, me rindo. Haré lo que veo.

Fue James el que se rió en aquella ocasión.

- Mejor ni lo intentes, Henry - dijo el conde.

El mayordomo hizo una reverencia y se retiró.

- Me gusta la idea de que tengas muchos niños. Tener a Rebecca ha despertado mi instinto paternal. Y no me importa que no tengamos ningún varón.

- Bueno, sea como sea, el responsable eres tú. Es el hombre el que determina el sexo del bebé. Bebé que, por cierto, puede que ya hayamos encargado.

- ¿De verdad?

- De verdad. No utilizaste protección alguna en el embarcadero y estoy en plena ovulación.

- Bueno...

- James, ¿lo hiciste a propósito? ¡Eres un pillo!

- Lo que soy es un hombre desesperadamente enamorado que no está dispuesto a permitirle a la mujer a la que ama que cambie de opinión - la agarró y la besó -. Solo tengo una cosa que añadir. Espero que Henry se vaya a la cama pronto.

- ¿Te refieres a Henry, el mismo que nos alquiló una limusina?

- Tienes razón - dijo James, comprendiendo de inmediato lo que quería decir Marina -. ¡Henry!

- ¿Sí, señor? - respondió el mayordomo desde la cocina.

- Olvídate del café. Marina y yo nos vamos a la cama.

Hubo un segundo de tenso silencio, hasta que, al fin, se escuchó la respuesta.

- Muy bien, señor conde.

Epílogo

MARINA estaba junto a su esposo en la pequeña iglesia normanda, en nada comparable a la catedral de St. Paul en la que tuvo el privilegio de casarse hacía exactamente nueve meses.

El pequeño Harry fue concebido, no antes, sino después de su viaje a Australia. Cuatro semanas había durado, en lugar de las tres previstas.

A Shane no se le había partido el corazón con la ruptura, sobre todo porque se iba a quedar con los caballos y el nombre de la escuela. Gracias a eso, consiguió un crédito y pudo comprarle el rancho a Marina.

Cuando ésta volvió a Londres, James, como era de esperar, estaba ansioso por verla y, durante varias semanas le hizo apasionadamente el amor en los lugares más increíbles.

Marina no podría volver a entrar en el edificio del banco sin ruborizarse y nunca sabría si Harry había sido concebido en el ascensor, entre el noveno y el décimo piso, o en la sala de reuniones.

Sólo pensar en todo aquello hacía que se le acelerara el corazón.

El pequeño Harry comenzó a llorar en el momento en que el vicario derramó las primeras gotas de agua sobre su cabeza.

Henry, que llevaba seis semanas ejerciendo de niñera, y que sería el padrino de la criatura, consiguió apaciguar al pequeño.

A su lado estaba Rebecca, radiante y hermosa, con un halo de rizos rojos, exactamente iguales que los de Marina, enmarcándole el rostro.

- Mira a Rebecca - dijo James -. ¡Está tan orgullosa de ser la madrina de Harry! Ha sido una idea fantástica la que has tenido al pedírselo, Marina.

- Adora al bebé. Nunca había visto a una niña tan entusiasmada con otro niño.

- A mí me ha dicho que quiere que tengamos seis.

- Pues a mí me ha dicho diez.

James hizo una mueca.

- Sí, pero yo la convencí para que redujera un poco. ¡No quiero ni pensar lo que sería la mansión con diez niños! Ya tenemos bastante con el modo en que has cambiado las cosas, con ese estilo australiano de hacer que todo se convierta en algo informal. ¡Has puesto a todos a trabajar de niñeras! Y, por cierto, ¿qué es eso que he oído de que quieres convertir la casucha de la entrada en una

escuela infantil?

- Echo mucho de menos mi trabajo - le confesó ella -. No hay ninguna escuela infantil por los alrededores y así tendríamos una para nuestros propios hijos también. ¿Qué te parece?

- Me parece que eres maravillosa.

- Me refiero a la idea.

- También lo es.

- ¿Tengo tu aprobación?

- La tienes.

Marina se sentía realmente feliz, rodeada por cuantos quería.

Entre los asistentes estaba Tiffany, con su adorable marido italiano, felices los dos después de la reciente noticia de su futura paternidad. También estaban dos tías de Marina, Jasmine y Janet, quienes se habían mostrado felices al recibir la llamada de su sobrina perdida.

Marina volvió la mirada hacia su esposo y sonrió.

- Amén - dijo él y ella lo miró perpleja. Parecía haberle leído el pensamiento -. Ha terminado el bautizo - le aclaró él.

- Oh - miró de arriba abajo a su atractivo esposo y se sintió feliz de ser su mujer.

Con fervor, añadió una última oración a las ya dichas durante el bautizo.

«Por favor, señor, que Harry duerma hoy toda la noche».